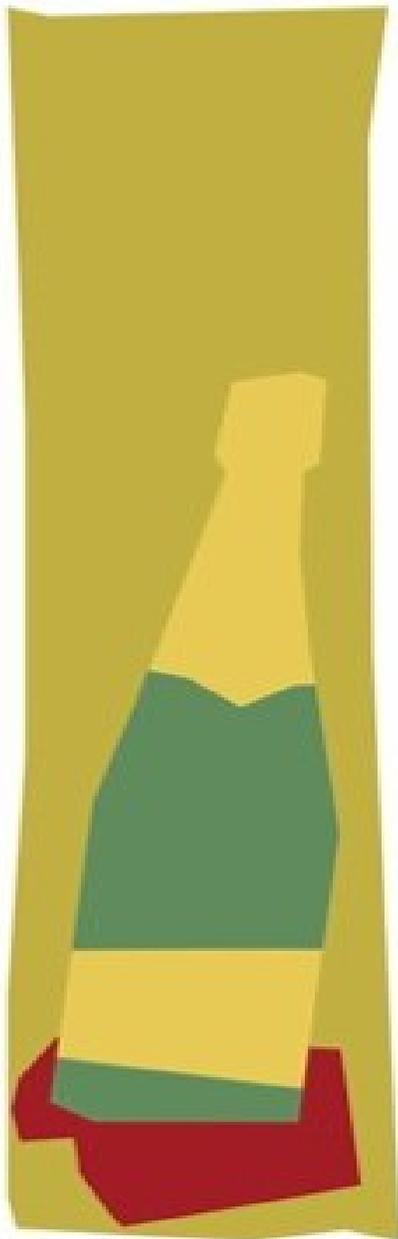


Aurora
Pimentel

Y ENTONCES ME DIO POR ASESINAR

Cuento de Navidad



Y entonces me dio por asesinar

Cuento de Navidad

Aurora Pimentel Igea

Smashwords Edition
Copyright © 2014 Aurora Pimentel Igea

Primera edición electrónica

Licencia de uso de la edición de Smashwords

La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal. Por lo tanto, no puedes revenderlo ni regalarlo a otras personas. Si deseas compartirlo, ten la amabilidad de adquirir una copia adicional para cada destinatario. Si lo estás leyendo y no lo compraste ni te fue obsequiado para tu uso exclusivo, por favor dirígete a Smashwords.com y descarga tu propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo del autor.

Editado por Ebook Hermanos
<http://ebookhermanos.com>

ÍNDICE

Capítulo 1. Alguien toma notas mientras yo comienzo a hablar (23 de diciembre de 2012)

Capítulo 2. Noche de paz o “pobre papá” (24 de diciembre de 2012)

Capítulo 3. La víctima ideal o las tres condiciones para matar (25 de diciembre de 2012)

Capítulo 4. Manos a la obra, primer asesinato: la mosquita muerta (26 de diciembre de 2012)

Capítulo 5. La suerte de la principiante en lo de matar (27 de diciembre de 2012)

Capítulo 6. El diablo y el jaguar (28 de diciembre de 2012)

Capítulo 7. Y que no haya manera de conducir un jaguar con un cadaver detrás y que ni así te dejen en paz ... (29 y 30 de diciembre de 2012)

Capítulo 8. La montaña, de momento, no. El corazón en todo lo del asesinar (31 de diciembre de 2012)

Capítulo 9. La santa hermandad: muchas víctimas y poco método (1 de enero de 2013)

Capítulo 10. Mamá (2 de enero 2013)

Capítulo 11. La noche de autos real (3 de enero 2013)

Capítulo 12. Mauro al principio y al final (4 de enero de 2013)

Capítulo 13. Víspera de Reyes (5 de enero de 2013)

Capítulo 14. Mañana de Reyes. La Nancy y la muñeca esquiadora (6 de enero de 2013)

CAPÍTULO 1

Alguien toma notas mientras yo comienzo a hablar

(23 de diciembre de 2012)

“Nuria, estoy aquí para ayudarte...”

Se sienta a mi lado y me quedo mirándola. Le calculo menos de treinta años. No tiene pinta de tener experiencia, pero sí de poner mucho interés, la cara atenta y despierta. Es justo lo que necesito, alguien en quien poder descargar, dispuesta a escucharme.

Seguramente está fascinada con el caso que le ha tocado. Y es que no hay nada como matar para impresionar. Decido ser sincera y contarle lo que ocurrió este año que acaba ya, 2012, ayer la lotería y mañana la Nochebuena, y en 8 días, fin de año, y la siguiente semana, Reyes. Lo de cada Navidad, vamos. Aunque este año es especial. Sin duda lo es para mí. No se parece a los demás.

“Mira, no tengo nada que perder, así que te voy a decir qué pasó desde el principio hasta el final...”

Hago una pausa para recordar mejor, porque... ¿cómo empezó realmente lo de mi asesinar?, ¿cómo fue?, ¿qué me hizo llegar hasta aquí?

Mientras intento ordenar mi cabeza, ella saca un cuaderno pequeño forrado de tela escocesa roja y verde, con un pequeño cierre metálico que, al presionar de lado, se abre de par en par con un sonoro clic.

Me parece raro que no lleve portátil o un *notebook* siendo tan joven, ¿por qué será? Quizá no le han dejado entrar con él por confidencialidad o por temas de seguridad. En fin, no lo sé, y, además, da lo mismo. Lo que pueda escribir a mano también será útil. Sólo espero que traiga otro cuaderno porque no sé si todo lo que quiero contar va a caber en ese cuaderno tan pequeño que parece de una escolar.

A ver, que me disperso, como es habitual, y ahora tengo que recordar.

¿Cómo fue todo?, ¿cómo empezó...?

Sí, es verdad, fue justo hace un año mañana, 24 de diciembre, ¡qué casualidad!, hace un año ya.

"... Digamos que todo empezó por estas fechas... ¿sabes? De hecho, comenzó una Nochebuena, la del año pasado. Bueno, antes ocurrieron otras cosas importantes que te contaré. Pero el origen de eso de matar tuvo lugar el

24 de diciembre de 2011 por la noche, precisamente la Nochebuena del año pasado, verás...”

La chica escribe 24 de diciembre con una letra redonda y cuidada, apretada y pequeña, preciosa, algo extraño hoy, que todo el mundo escribe tan mal. Lo hace aprovechando cada espacio de las pequeñas hojas color crema que tiene su bloc. Se ve que quiere hacerlo bien y no perderse nada que yo diga que me pueda ayudar. Seguramente se imagina como en una película americana, en uno de esos casos difíciles de los que logran dar el espaldarazo profesional, salir en los periódicos, alcanzar fama.

En fin, yo a lo mío, que me vuelvo a enredar con la historia de la chica esta que ni me viene ni me va.

“A ver, te cuento. Me llamo Nuria Estilles, bueno, qué tontería, eso tú ya lo sabrás, para llevar mi caso te lo habrán dicho ya, ¿no? Estoy divorciada. Tengo tres hijos, Pablo, Santiago y Juan, los tres independizados. Un milagro hoy eso de no tenerles hasta los 35 en casa y con mamá. Pero ese día de hace un año venían a mi casa a cenar los tres, era Nochebuena. El día 25, en cambio, iban a ir con su padre, nos turnábamos, si cenaban en mi casa, la comida era con su padre, y si cenaban con él, venían por Navidad...”

Escribe divorciada, los nombres de mi ex y de mis hijos, todo casi sin respirar, como si no pudiera seguirme. Suspiro. Voy a tener que ir más despacio para que lo coja todo.

“Me divorcié hace más de ocho años, ¿sabes? Mi marido, Mauro, se fue con una doce años menor que yo, quince menos que él... La vida, ya sabes...”

Sigue escribiendo sin parar.

“Pasados los cuarenta algunos hombres se ponen raros y les da por ahí. Así que lo suyo ni siquiera fue original. Y allí que me quedé yo plantada con los tres chicos de 23, 21 y 18 años. Casi formaba parte del guión habitual.

El caso es que, a pesar del sofocón y del dolor, luego los dos nos hemos llevado bien, aunque a mí Mauro me demostró ser un tonto de baba. No malo, solo un tonto más de los muchos que hay. Pero, además, yo me había casado con él. En fin, no pasa nada, porque a los tontos se les puede llegar a querer. Afortunadamente, el amor no tiene nada que ver ni con la inteligencia ni con la bondad, si no, aviados estaríamos. Así que, incluso tras nuestro divorcio, seguí queriéndole, aunque con prevención y a cierta distancia ya. Pero quedó mucho afecto, mucho, a Dios gracias.

Eso le protegió de lo que pasó después, menos mal. *Eso le protegió*”. Lo repito al final... “*Le protegió, ¿sabes?, le protegió...*”.

La chica se estremece mientras toma notas. Me doy cuenta del repelús que le doy. No levanta ni la cabeza, pero un escalofrío le recorre la espalda. Es lo que tiene ser una asesina, que das algo de miedo a la gente normal.

Sigo contándole mi historia, todo lo que le puedo y sé contar para que ella lo escriba en el cuadernito que lleva y que ha abierto para mi caso casi al final, muy pocas páginas le quedan. De tan usado como parece que está, tiene el forro de tela un poco roto por las esquinas, y unas letras doradas en la cubierta, desvaídas, borradas ya. Las vi cuando lo abrió, pero no pude leer qué ponía...

¿Será de promoción ese cuadernito, de esos que dan de propaganda...? Es raro, se escribe poco a mano hoy. Debe de tenerle cariño o ser muy especial para ella. Pero no es un Moleskine, no... Y el caso es que me resulta familiar, ¿dónde he visto yo algo así?

CAPÍTULO 2

Noche de paz o “pobre papá”

(24 de diciembre de 2012)

“Todo empezó la noche del 24 de diciembre de 2011, noche de paz, que dicen... Ya, ya, noche de paz... Lo cierto es que entonces fue cuando me dio por asesinar.

Hay que ver cómo corre el tiempo y cómo se puede aprovechar. No hay como organizarse bien y tener un propósito, una misión, una idea clara de lo que quieres hacer. Bueno, que me voy por las ramas, perdóname...

Tenía la mesa puesta ya, íbamos a ser mis tres hijos y yo, nadie más. El año pasado yo tenía un especial interés en que viniesen, en estar los cuatro juntos. Quería contarles algo entre brindis y brindis”.

Me quedo pensando un rato. La chica sigue aplicada con el bloc. Luego levanta la mirada al terminar y yo vuelvo a hablar.

“Era lo mejor, ¿sabes?... No darle importancia alguna, dejarlo caer como si nada para no preocuparles aún más. Había decorado la casa preciosa con flores blancas y hojas de hiedra. Puse el mejor mantel y el belén, como siempre, en la chimenea, muchas velas, el abeto con sus estrellas y luces. Compré hasta champán francés para Pablo, que es un sibarita, jamón ibérico del mejor, del que le gusta tanto a Santiago, y langostinos de Huelva para Juan. En fin, el caprichín para cada uno. Y me puse a esperar.

Dieron las 8, las 8.30, el mensaje de Su Majestad, que fue un rollo, como siempre, no le puedo aguantar. Y ellos sin llegar. “Qué raro” pensé. Les llamé ya preocupada al móvil. “Estamos con papá...” me dijo Pablo. Me puse en lo peor. “¿Le ha pasado algo a tu padre?, por Dios, pásamelo...” “Gina se ha ido ayer de casa y se ha llevado a la niña con ella.” Era Mauro. Ni se le oía casi, con un hilillo de voz me lo dijo él mismo al teléfono.

Gina es la mujer de mi ex, una chica estupenda. Una vez superada la historia del divorcio, ella ya no me parecía ni mal. Incluso me caía francamente bien. Hasta me recordaba cómo era de joven yo. Me quedé un momento en silencio y no pude menos que decir “Venga, venid todos y cenamos aquí. Por favor, Mauro, vente a cenar aquí tú también. No debes estar solo un día como hoy y con lo que te acaba de pasar...”.

“Mi madre está aquí...”, me dejó caer. Con eso no contaba, pero me lancé

en plancha y con decisión, y temerariamente, como luego verás, le contesté “Nada, tenemos de sobra, y me encantará verla...”. Olé las mujeres valientes e imprudentes a la vez, con lo guapa que estoy callada, gano mucho más. Y es que la abuela en cuestión es octogenaria y, cosa rara, estaba en casa de mi marido, y no, como es lo habitual, con su hija, que es quien la lleva, la trae y le hace más caso. Aunque ella nunca lo reconozca y sólo tenga ojos para su niño. Así podemos ser algunas madres también, solo vemos a quienes menos están. Sin comentarios: allí estaba una señora casi nonagenaria, mamá, consolando en la Nochebuena a todo un hombre de cincuenta y muchos. Así que vinieron los cinco: mi ex, como alma en pena, lo natural, y nuestros tres hijos y su madre siguiéndole en procesión.

Eran ya ocho años que Mauro llevaba con Gina. Ella tenía treinta cuando se fueron juntos, una buena chica, insisto, la verdad siempre por delante. Se enamoraron y la vida es como es. Pero allí estaba mi ex, en mi casa, de pronto envejecido, triste, hecho polvo.

Me daba mucha pena, porque era Gina y era también la niña, Mina, su única hija, la de los dos, una ricura de seis años que nos tenía a todos locos, incluida yo, para qué voy a decir lo contrario.

“*Pobre papá*” fue el tema de la velada, un lamento al que sus hijos se unieron y al que mi ex suegra también contribuyó con su inestimable aportación. Hay pobres por afición que se solidarizan de modo selectivo con algunos de los pobres sobrevenidos, sólo con algunos, y no digo más.

“*Pobre papá*”, y allí no se movía ni San Pedro a quitar o a poner platos, a servir bebidas, a cortar la pularda, a ayudarme a colar el caldo de marisco, nada. El hit parade o leit motiv de la noche fue “*pobre papá*”.

Yo estaba encantada de que estuvieran todos allí, eso es verdad. Me chiflan las Navidades, cocinar para mis hijos, que vengan a casa, que lo pasen bien, verles y saber de ellos. Pero la noche avanzaba y allí seguían todos como de funeral, abatidos, sin probar bocado, y sin hablar, salvo para musitar como un coro de tragedia griega, todos a una, “*pobre papá*”, “*pobre papá*”, “*pobre papá*”.

Entonces, con la mejor de las intenciones, pongo a Dios por testigo, se me ocurrió decir algo así para animar “Oye, venga, comed algo. Anda, come algo, Mauro... Ya se pasará o se arreglará, ten confianza...”

Mauro entonces fijó la mirada en mí de repente, como si hubiese acabado de decir algo terrible. Y no se le ocurrió otra cosa que soltarme con un cuajo de impresión, lentamente, cuando todos los presentes lo podían oír bien:

“Tú, Nuria, *no lo entiendes*. Tú *esto* no lo puedes entender...”.

No quiero decir la que se organizó porque no está escrito.

Le contesté con un corte de mangas de esos verbales, rápidos y letales, que me salen a la perfección. No hay nada como dedicarse a la comunicación y haber trabajado en televisión, tengo mucho entrenamiento ya. Él, dolido, saltó también. Y empezamos a subir el tono de voz, especialmente yo.

Nuestros hijos quisieron intervenir. Su madre aportar, cómo no, su valioso granito de arena a la discusión familiar. En fin, aquello acabó como el rosario de la aurora, todos gritando, yo, además, llorando, queriendo matar a mi ex, a mis hijos también, que no estaban de mi parte, sino de la de su padre, faltaría más.

A mi suegra es a la única a la que yo no quería mata al final. Lleva casi desde que la conozco, más de tres décadas, quejándose de todo, y siempre: que no le gusta ni su vida ni vivir y repitiendo que quiere morirse cada dos por tres. Y eso que vive y ha vivido siempre como una marquesa. Así que matarla ni en broma. Se le acabaría esa diversión tan buena que tiene de quejarse y considerarse pobre siempre, que es lo que más le entretiene al final como a muchos: considerarse una víctima en particular o en general.

“*Pobre yo, pobre yo, pobre yo*”... Voy a hacer un título nobiliario que sea “Pobre de España” y lo voy a distribuir a discreción entre quienes yo me sé, va a haber tortas por la distinción, lo sé”.

Al contarle todo esto de sopetón, sin parar, he debido de dejar desconcertada a la chica que toma notas, paralizada está.

Pensará que este caso es muy extraño y que qué tendrá que ver todo esto de la discusión familiar en la Nochebuena de 2011 en lo de mi asesinar... Porque para eso ha venido, ¿no?, para que le cuente cómo fue...Pues páginas le van a faltar a ese cuadernito suyo para escribir todo lo que le tengo que confesar. Esto no ha hecho más que empezar, ay.

CAPÍTULO 3

La víctima ideal o las tres condiciones para matar

(25 de diciembre de 2012)

“O sea, muy mal el día de Nochebuena, no lo pude hacer peor”. Lo reconozco, a qué darle más vueltas. Yo cuando meto la pata la meto hasta el final. La chica sigue concentrada escribiendo, mientras continúo contando el modo en que empezó todo aquel día 24 de diciembre de hace un año.

Me la estoy imaginando ya vestida con la toga exponiendo mi caso en plan *Los Angeles Law*. No sé por qué tengo en la cabeza toda esta situación, como si fuera la serie aquella de televisión de los 80. Yo, por imaginar y montarme historias, que no quede. En fin, al grano, que me pierdo una vez más...

“Mauro no estuvo oportuno con su comentario, desde luego que no. Pero es que ni se dio cuenta, como les pasa a muchos habituados a hacer siempre su santa voluntad, llueva o truene, y mi ex era y es un caso más... No cayó que él mismo me había hecho algo parecido años atrás, sin previo aviso y con tres hijos además. Pero mala idea no había en lo que dijo esa Nochebuena. Tampoco la tuvo cuando me abandonó. Yo sé que él no era consciente de todo el dolor que me causaba, no...”.

Me quedo pensando.

No sé a qué viene todo esto que estoy diciendo en voz alta, si es en mi defensa o en la de mi ex. Vuelvo a hablar.

“Mira, yo sé perfectamente que estuve cien veces peor que Mauro en la Nochebuena del año pasado, bien que lo sé. Saqué esa lengua viperina, que si me la muerdo me enveneno, y me despaché a gusto. Me quedé, con perdón, como el mismo Dios, que esa noche nacía precisamente, hecho hombre, pero nacía. O sea, un verdadero horror de cena que di a los míos. Al infierno que me iré, lo veo venir. Y es lo malo, que soy consciente de la situación, la puñetera consciencia o conciencia que tanta lata me da... En cambio, mi ex es un inconsciente total, así que se irá al cielo sin más ...”

“Nuria, deja tus disquisiciones y cuéntame qué pasó luego, los hechos, que para eso estoy...” me interrumpe la chica. Tiene razón. Me ha venido a ayudar, a defender, ¿no?, tendré que contarle cómo paso...

“Vale, bien. Mira, el caso es que quise recoger velas al día siguiente. Esto del remordimiento fulminante también me suele ocurrir. Así que la mañana del

25 llamé y pedí perdón. Primero a Mauro, luego a mi suegra y a mis hijos. Estaba arrepentida del daño que les pude hacer, no por quedar yo mal, que me suele traer al paio. Era de verdad haberles podido herir al decir lo que dije, porque lo hice, lo reconozco, con toda la intención. Y, encima, en la supuesta noche de paz, con Dios ahí, con el Niño Jesús, la Virgen María, San José, los pastores, las ovejas y toda la corte celestial, no pude encontrar mejor ocasión. O sea, muy mal.

Tras colgar el teléfono me fui a comer a casa de mi hermano el día de Navidad un poco más tranquila, mejor. Me volví a mi apartamento andando, un día precioso en Madrid tuvimos aquel 25 de diciembre de 2011, tuve tiempo de pensar y recapacitar.

Y por la tarde fui a la Misa de Navidad y recé, ay, el “Yo, pecador”. Y entonces me sentí todavía peor, aún más. No sé cómo dicen que la oración ayuda, porque yo, en cuanto rezo, me suelo encontrar mucho peor...”.

La chica sigue tomando notas sin parar. Lo de la misa y el “Yo, pecador” quizá le suene como un atavismo singular. Pero yo no puedo pararme a explicar ni la oración que rezo cada domingo ni qué es un pecado o nos eternizaríamos. Hay cosas que o se aprenden en casa o luego son muy largas de explicar. Aunque realmente tengo la sensación de que ella tiene todo el tiempo del mundo, no parece apresurada como la mayoría de las mujeres estamos hoy. Qué raro, alguien sin prisa, y en estas fechas, por Navidad, más ¿no? ... Bueno, tengo que seguir.

“Me encontraba *mal* hacía tiempo, ¿sabes?, esa era la cuestión. Yo no estaba nada bien. Y con la prejubilación que me habían dado, tenía mucho tiempo para pensar, para esperar, demasiado. Me sobraba, y ese era el tema. No hay nada peor que tener tiempo para pensar.

Había que acelerar las cosas, más rápido todo y ya. Mujeres como yo, a los cincuenta y pocos, no podemos tener tanto tiempo libre y, a la vez, una fecha de caducidad encima, una especie de espada de Damocles en constante amenaza. Es peor para todo, para todos también, para una misma para empezar.

Así que decidí que tenía que buscarme una actividad a tiempo completo en la cual volcar mi energía, mi ilusión y mi cabeza, las tres a la vez. Si no, todo iba a acabar muy mal.

Bueno, mal iba a acabar, porque todo acaba mal, pero al menos...

Se me vino entonces a la cabeza de repente aquella frase lapidaria de mi madre, que en paz descanse, “*Ya que te lleva el diablo, que te lleve en coche*”,

una asociación de ideas raras de las que suelo tener. Ahí estaba. Eso era. No hacía falta pensar más...”.

Justo en este momento la chica deja su cuaderno de lado, se levanta y me abraza con fuerza... ¿Qué hace dándome un abrazo una completa desconocida? Se lo agradezco mucho, pero, ¿a qué viene el abrazo, así, de repente?...

Quizá le parece esa mención al demonio algo de loca, de persona que no está bien. En fin, la chica se vuelve a sentar. Me quedo mirándola de nuevo. He sentido algo familiar en su modo de abrazar. Me ha dejado una sensación que me recuerda a mi infancia... ¿Quién me abrazaba así cuando yo era pequeña, quién? No lo había vuelto a sentir hasta hoy...”.

“Sigue, Nuria, venga, no pasa nada...” me dice con tranquilidad, “continúa contándome...”.

“Bueno, es solo una manera de hablar, ya sabes, el refrán... Y eso pensé en cierto modo... que ya que se me iba a llevar el diablo, que me llevara en coche, y haciendo *el bien a la humanidad*. ¡Eso era!, ¡Lo tenía ya! Lo de ayudar siempre me ha gustado un montón, pero encima... *¡quitando de en medio a un par de idiotas y malísimos de verdad de la faz de la tierra!* Y, sobre todo, muy importante: para no hacer daño a quienes más quiero, que son mi ex y mis hijos. Tenía que hacer algo para evitar herir a los que quería más, para protegerles de mí misma, para *protegerles*, ¿lo entiendes?”

La chica asiente, me da la razón sin mirarme siquiera, yo sigo embalsada ya.

“Quiero a mi ex, es tonto, pero no malo. Creo que ya te he contado lo que pienso de él ¿no? Le querré hasta la muerte, para siempre, hasta el final, como le prometí hace ya muchos años. Y a mis hijos les adoro. No podía ponerme otra vez en el brete de hacerles daño, aún indirectamente...”.

Me paro de nuevo. Necesito respirar, explicar bien cómo se me ocurrió lo de ponerme a matar.

“Tuve claro así una primera aproximación de *a quiénes yo podía liquidar* como una actividad a la que podía dedicarme:

a, muy malos;

b, muy tontos;

y c, última condición fundamental, que *yo no los conociera absolutamente de nada*.

“¿Y por qué esa tercera condición?” te preguntarás... Es raro, ¿sabes?, pero cuando conozco a alguien, me acabo encariñando con ella o con él, y así no encuentro ni malos malísimos ni tontos muy tontos. Sólo veo a tontos sin

muchas vueltas en su caso, o a malas que son unas meras aficionadas, a las que se acaba incluso por apreciar. Así que el conocimiento de alguien seguro que me disuadía de matar.

Conclusión: para evitar hacer daño a mis seres queridos, por eso de que tenía mucho tiempo libre, y a la vez no lo tenía, y de que el diablo, lo estaba viendo, me iba ya a llevar, y para hacer de paso un buen favor además a la humanidad, iba a dedicarme a asesinar a muy malos, no amateurs en eso de la maldad; muy tontos, no uno sencillito, alguien con peso en su estupidez; y, luego, *lo más importante*, ¡nada de contacto personal!, en rojo y con mayúsculas y exclamaciones: totalmente prohibido.”

La chica ha dejado de escribir y me mira de hito en hito, el cuaderno abierto con el cierre colgando de un lado. Ni en todos los años de facultad, de estudios, se ha podido imaginar semejante cuadro. Realmente entiendo que le parezca chocante. Porque mientras se lo cuento, a mí misma me suena todo rarísimo, esa es la verdad. Y, a la vez, con una coherencia que le quiero demostrar.

“Bebe si quieres”, le digo. “Lo vas a necesitar. Esto no ha hecho más que empezar”.

Se sirve un vaso de agua y lo coloca en lo alto luego.

Qué cosa más rara, el líquido parece suspendido en el vacío.

¿Cómo se sostendrá el vaso así, en lo alto, sin sujetar?

Yo siento sed también, pero soy incapaz de pedir agua, y a mi alcance no está.

CAPÍTULO 4

Manos a la obra, primer asesinato: la mosquita muerta

(26 de diciembre de 2012)

“Como te decía, una vez decidido el perfil general de víctima -mucho *maldad, estupidez* y total *falta de contacto con mi persona*-, mi primera intención fue, lógicamente, documentarme bien, investigar, pedir consejo a posibles expertos en lo de matar, buscar el método o métodos más apropiados para asesinar.

De hecho, comencé con la bibliografía. Me acerqué a Lé, una librería estupenda de la que soy habitual, cerquita de casa, y compré un buen cargamento, como suelo hacer, miedo me doy.

Lo de documentarme para asesinar era, es cierto, una disculpa más, y hasta el momento inédita y desconocida en eso de comprar libros, que no puedo tener más, tengo el apartamento a reventar.

Llegué con la Visa temblando a casa y extendí los libros en la cama, un batiburrillo de títulos, desde Agatha Christie a PD James y muchos más. Entonces, tras arrepentirme por lo mucho que acababa de gastar, me puse de nuevo a pensar. Tengo mucha facilidad para irme por las ramas, para divagar sin centrarme, como te habrás dado cuenta...”

Sonríe la chica pero no dice nada, sigo relatándole.

“Soy una mujer de acción, y aunque me gusta mucho hacer planes, imaginar, no dedico mucho tiempo a la planificación, al procedimiento. La práctica de lo que sea me parece fundamental. Así que el mismo día de San Esteban me dije que no, que así, documentándome y elaborando un método o un plan, iba a perder demasiado tiempo, y que a asesinar se aprende en gerundio, o sea, asesinando. Otra cosa era leer para entretenerme. Todos aquellos libros los iba a aprovechar bien para mi ocio, pero nada más. Decidí aquel día 26 que primero manos a la obra, que luego ya rectificaría e iría perfeccionando el método en su caso. Además no tenía nada que perder, la verdad, nada...”

“Entonces, Nuria, perdóname, pero, ¿empezaste a matar así?, ¿sin saber nada de nada de cómo matar?, ¿sin método, sin plan?, ¿sin saber de venenos, de armas, de nada...? ¿siendo una completa aficionada, una total ignorante sobre matar?, ¿casi por casualidad? ...”

Noto cierto retintín en la pregunta sobre la *técnica* del matar. Tiene sentido

del humor esta chica, algo especialmente importante incluso en quien te puede llegar a defender ante un tribunal. ¡Y dale! Estoy empeñada, sigo imaginándomela así, como en una serie de televisión americana. Sólo falta que presida el honorable juez tal, que siempre es negro, no sé por qué. Venga, Nuria, sigue, que te pierdes...

“Bueno, vamos a ver... Lo único que tuve claro ese día de hace un año que toman canelones en Cataluña –yo también, soy de ascendencia catalana-, es que mi *primera víctima tenía que ser una mujer*. Eso sí lo tuve claro ese mismo día...”

“...¿Cómo *una mujer?*, pero... ¿*por qué una mujer?*...” me pregunta sorprendida.

“Precisamente porque me horroriza caer en cualquier tipo de sectarismo. Y puede pasar que, al ser una mujer, te sea relativamente fácil hacerlo en esa especie de corporativismo femenino tribal que hay, como hay otros muchos. Algo que se lleva hoy en especial. No hay más que ver la tele, leer las revistas femeninas o escuchar a las petardas que esgrimen las loas de “género” y mil chorradas más. Y no, ni de broma. Tanto la maldad fetén, como la estupidez a conciencia, están bien repartidas entre los dos sexos. Mira tú, ahí sí que hay auténtica paridad.

En fin, que la *primera víctima tenía que ser una mujer bien mala y bien estúpida* entre las muchas que te puedes encontrar. Y que yo no conociera, claro, que luego las puedo llegar a coger cariño y eso me podía impedir matar. Y entre ellas, eso es lo que pensé aquel día 26 de diciembre entre canelón y canelón, mientras los rellenaba y hacía la bechamel, el concreto perfil de *mosquita muerta* me pareció el ideal para empezar a matar. Hasta el propio nombre lo decía, *mosquita muerta*, luego hay que liquidarlas. A mí es que cocinar me da siempre buenas ideas...”

La chica está descolocada, no ha oído esto en su vida. Creerá casi seguro en la *bondad femenina* per se y por decreto ley o naturaleza, es igual. Posiblemente confiará en la bondad humana además. Y luego, será partidaria de otros tipos de paridad distintos al que yo le acabo de especificar. No habría leído la Cenicienta ni la Bella Durmiente, porque los cuentos tradicionales están de capa caída y se consideran sexistas, políticamente incorrectos, como dicen ahora. Pero otros muchos cuentos y doctrinas sí que seguirá a pies juntillas y se los creerá, con una fe laica, claro, pero se los creerá.

“Nuria... perdona, ¿podrías ser más clara? ¿*mosquita muerta dices?* Es que me he perdido de nuevo...”

La pobre tiene el cuadernito abierto y lleno de tachones, con esa letra tan bonita, como antigua, de colegio de monjas. Y la entiendo. No es su culpa, es la mía, que no hago más que hablar y dar vueltas. Así no hay caso ni nadie que pueda redactar.

“Mira, ¿te acuerdas de la película de Mogambo?” Es una pregunta inútil, sé la respuesta. Con la edad que calculo que tiene, habrá llegado con suerte a la saga de la Guerra de las Galaxias y ET. Le explico el argumento ante su silencio.

“*Clark Gable*, guía en África, duda entre el pedazo de mujer que interpreta *Ava Gardner* y la otra, la del “sí pero no, pero yo soy decente, pero yo soy buena, y quisiera, aunque con mi marido al lado, pues no me atrevo, ay. Pero que te miro ahora, Clark, ... y ahora te dejo de mirar, si y no, soy buena, soy decente, pero...”.

La interpreta *Grace Kelly*, muy guapa también, pero es eso: un pedazo de mosquita muerta que le marea al Gable desde que aparece hasta que se va. Cuando desde el principio está visto que Ava, una mujer “con pasado”, como se decía antes, pero muchas menos tonterías, era alguien cien veces más de fiar. Pero bueno, los guionistas sabían bien lo que escribían. Por eso gustaba tanto, era la vida de verdad, como es. La mosquita muerta causa estragos allá donde va, y, entre el elemento masculino, mucho más...”

Veo que asiente la chica como si se enterase. Sigo explicándole por si acaso.

“Yo desde siempre he pensado que hay muchos tipos de *mosquitas muertas* que hacen mucho mal. Y mi decisión de asesinar tomada el día de Navidad de 2011 encajaba a la perfección con ese odio mío visceral hacia ese tipo de mujer. Y es que cuando te encuentras con alguna *mosquita muerta* te das cuenta de lo que puede pasar. Van a menudo de “todo el mundo es bueno y yo la que más”, pero bien que las hacen y a la chita callando. Se disfrazan de fraternidad universal, ya sea cristiana, agnóstica, budista o de *new age*. Son políticamente correctas, tranquilas palomas, tiernas y devotas amantes de la humanidad, humildes como violetas en apariencia, pero es una pose, nada más. Hasta van de tolerantes, otro barniz hoy muy habitual. Pero luego no pueden soportar que tú te niegues a cantar el “We’re the world, we’re the children” de Michael Jackson con ellas, en corrillo y de la manita, la, la, la. Simplemente porque no te lo crees y con ruedas de molino te niegas a comulgar...”

No entiendo a qué viene este odio que siento, no lo puedo ni explicar. Estoy furiosa, desatada, no puedo parar de la rabia que siento... ¿De dónde

este odio ancestral a la mosquita muerta? Pero me interrumpe la chica “Y, según has declarado ya, elegiste a Marian Zapico del Real, la del programa de radio.... Oye, Nuria, ¿fue premeditado o se te ocurrió sin más?...”

“Fue por pura casualidad, esa es la verdad. Me la encontré de sopetón en un ascensor la noche del 27 de diciembre del 2011, la víspera de los Santos Inocentes. Y no iba a dejar pasar la ocasión. No la conocía personalmente, pero tenía unas referencias horrorosas tuyas, de lo peor...”

Yo había coincidido con Marian Zapico a mediados de los 80 en la televisión. Ella comenzaba allí, como comenzaba yo. Afortunadamente no la traté nunca directamente, ni trabajé con ella luego, una carrera imparable ha llevado, como sabrás. Rubia, aparentemente delicada, con cara de no haber roto un plato jamás. Si te acuerdas, tuvo un programa de amor en la radio a las tantas de la madrugada hace un par de años o así. Parecía siempre que adoraba a sus oyentes y luego maltrataba a su equipo, se reía a micrófono cerrado de los que le contaban sus penas. Era mala de verdad”.

CAPÍTULO 5

La suerte de la principiante en lo de matar

(27 de diciembre de 2012)

Prosigo ante la mirada de incredulidad de la que toma notas. Es curioso, cada vez dudo más de su edad. Me parece ahora menos joven, más madura. Y a ratos me recuerda a alguien... En fin, da igual, tengo que seguir explicándole cómo era Marian, mi primera víctima, y cómo la maté... Me vuelvo a encender por dentro recordando, hay algo que no puedo dominar.

“Marian Zapico tenía otro rasgo significativo a la hora de matarla: era rematadamente cursi, un dato para mí fundamental. Tras trabajar en televisión, se dedicó a la radio. Escribía, además, en sus ratos libres unas novelas infumables a mitad de camino entre el aclamado género de autocomplacencia femenina y lo pretendidamente histórico, con los oportunos toques de reivindicación política y social y un aderezo de pésimo erotismo, cómo no. O sea, un horror. Todo ello gozaba de cierto éxito popular. Ya se encargaba ella de que se hablara de sus libros en la radio y hasta en la televisión. Pero lo realmente sorprendente con Marian, ¿sabes?, era la aceptación de algunos críticos y colegas escritores, por lo demás serios... ¿Les habría amenazado?, ¿la temían por su poder en los medios?, ¿les daba pena con su apariencia angelical?, ¿o era, simplemente, que la consideraban tan débil en su escritura, tan endeble como competidora, que por eso le prestaban atención? Increíble pero cierto: algunos críticos y compañeros la alababan en público sin asomo de sonrojo. Daba que pensar.

Otro dato que era vox populi: Marian ponía fotos de *gatitos*, *perritos*, *hadas*, *mariposas*, *flores* y *angelitos* por doquier, ¡una mujer hecha y derecha que había superado los 40 años! Y todo su equipo tenía que tragarse semejantes elementos decorativos en la redacción. Luego, además, mandaba por correo electrónico decenas de power points larguísimos y sentimentales con mensajes sobre lo mucho que las mujeres nos tenemos que querer y valorar, la eterna cantinela de “Y si somos las mejores, bueno ¿y qué?...”. Un rostro de cemento armado tenía, porque si rompías la cadena, y no se la mandabas a diez “mujeres de tu vida” o a doce “personas especiales”, te la cargabas.

Marian Zapico del Real había subido así a base de no tener peso propio,

algo que parece ayudar un montón, y también, hay que reconocérselo, porque sabía halagar bien a quien había que adular. Algunos hombres con poder, incluso los más inteligentes, especialmente esos, tienen una vanidad totalmente elemental...”

Uf. Voy a callarme ya. Me he despachado bien. Y me he quedado muy a gusto, la verdad. No podía soportar a Marian, todavía recordándola me pongo fatal, hice bien en matarla, hice fenomenal. Había que liquidarla ya.

Pero ahora hay un incómodo silencio, no sé que añadir más. Y noto que hay demasiada luz en esta habitación. Y que me empieza a molestar. Es como si me metiera dentro de mí de tanta como hay. Qué calor. O frío. Ya ni sé qué siento ya.

Me quedo mirando a la chica que escribe sin parar. Cuando acaba esboza una sonrisita y me pregunta al final.

“Esto... Nuria, a efectos del crimen es igual, pero... ¿tú crees que solo son los hombres los que tienen una vanidad elemental?”

Me parece que va con retintín. Así que me empieza a gustar más esta joven. A mí que me citen me va. Pero esta vez no voy a entrar como un miura, soy mayor que ella, y sé más del percal que hay.

“Pues claro, hija. Tú es que tienes poca experiencia todavía, acabas de empezar, pero muchos, si se les baila el agua, se les ríen las gracias, o se es complaciente, aunque seas tonta de remate o mala a rabiar, literalmente se deshacen, no lo pueden soportar. Por eso Marian era una víctima que ni hecha a encargo para mí, que no puedo aguantar al tipo *mosquita muerta*, y, si es cursi, como suele pasar, más...”

Así que cuando me topé con ella a solas en el ascensor de la radio, tras visitar a una amiga la noche de 27 de diciembre, no pude menos... Dios me la estaba poniendo delante a los pocos días de decidir que mi primera víctima debía ser una mujer mala, tonta, total desconocida, y *mosquita muerta* además. Verde y con alas, parecía decirme la providencia...”

“Hombre, Nuria, Dios, precisamente Dios, no sería...” La chica de las notas me interrumpe. Ahora tiene toda la razón y por eso no vamos a discutir, faltaría más.

“Vale, Dios no tendría nada que ver... Pero el caso es que ahí estábamos las dos, sin nadie más. No hubo premeditación. Yo no lo había preparado, era sólo la casualidad, el impulso y, a la vez, la extraña certeza de que todo encajaba y que tenía que ser... ¡ya!

¡Qué recuerdos de la primera vez que maté! Todo estreno en la vida tiene

su encanto, ¿sabes? Vas a tientas, pero con muchas ganas. Y aunque a veces los resultados pueden no acompañar, el entusiasmo acaba supliendo. O la simple suerte del principiante, que también la hay hasta en asesinar... “

“Bueno, Nuria... Marian Zapico del Real desapareció a finales del pasado año, eso es verdad. Pero dicen que se fue con un cubano, un loco amor de madurez que se encontró. Al parecer, han montado un pequeño hotel en Costa Rica, lo contó la televisión y...”

De verdad, ¿qué puedo hacer yo con alguien que me va a defender y cuya fuente de información son los programas de corazón o las revistas? El guayabo cubano en cuestión debe de estar ya desaparecido y con otra otoñal tostándose en alguna playa caribeña. Marian está muerta desde hace un año, bien que lo sé yo. En fin, sigo explicándole.

“No voy a entrar a discutir aquí. Te digo lo que pasó aquella noche víspera de los Santos Inocentes del año pasado. Tú verás si te lo crees o no.

Marian me miró en el ascensor, donde nos encontramos por pura casualidad. Ella salía de la radio como salía yo. Se quedó pensando un momento al entrar y luego se volvió y me dijo “Tu cara me suena, ¿sabes?”, quizá para romper ese incómodo silencio de cuando vas de un piso a otro, quizás porque se acordara de mí de cuando trabajé en la misma televisión que ella. Yo no quise ni mirarla. Si veo un atisbo de algo, la más mínima señal de humanidad en unos ojos, estoy perdida, me puedo encariñar. Y no, tenía que ser distante y fría para ser letal.

¿Cómo se puede asesinar a alguien sin haber planeado nada, así, de sopetón?, te preguntarás. Pues fue una cuestión de oportunidad, como otras veces en la vida que te ponen algo en bandeja.

En aquella ocasión, la oportunidad era no sólo encontrarme con ella, la víctima ideal, sino también el regalazo que me acababa de hacer mi amiga de la radio, que recibe siempre 200 cosas por Navidad, y sabía lo mucho que me gusta el champán de la Viuda, pero el de verdad... Digo la viuda francesa esa de la caja naranja, la Veuve Clicquot... Esta vez sin la caja, mejor, sólo la botella grandota, la Magnum, una auténtica premonición. Litro y medio de liquido mas el cristal, pesaba una barbaridad. Y ahí la llevaba yo...

“Pues Vd. a mí no, perdone...” le dije a Marian aposta ante su pregunta. Esto le iba a sentar como una patada, precisamente por ser famosa. La Zapico me miró como si fuera una selenita de la que no había que temer ni que le pidiese un autógrafo. Y salió con algo parecido al mosqueo del ascensor en la planta segunda del sótano, la del garaje. Yo detrás de ella, cargando con el

botellón de champagne con su etiqueta naranja.

Ella se acercó a un pedazo de automóvil. Yo hice como si el mío fuera el que estaba al lado del suyo. Y cuando se dio la vuelta y se agachó algo para abrir la puerta de su coche, con la botella de uno de los mejores champanes que yo he probado jamás la golpeé con todas mis fuerzas en la cabeza.

Oí entonces los pitos de la hora, la radio del vigilante del parking estaba puesta a todo volumen. Era medianoche ya y el día 28, el de los Santos Inocentes, acababa de comenzar.

CAPÍTULO 6

El diablo y el jaguar

(28 de diciembre de 2012)

“Marian soltó un suave quejido y se derrumbó. Se quedo muy quieta después, ni sangre había. La miré rápido. Ahí estaba en el suelo, mi primera víctima, ¿o solo se había desmayado por el golpe? No lo comprobé. La botella de champán, contundente como arma, había quedado intacta. Uf, menos mal. La quería para despedir el año 2011 y darle la bienvenida al 2012”.

La chica me está mirando como si no creyera nada de lo que le acabo de contar. Hay un silencio breve roto por dos preguntas que me hace.

“Y entonces, ¿qué hiciste con ella?, ¿y cómo saliste de allí? Porque el cadáver nunca se encontró. Ni rastro hay de Marian hasta hoy... El cuerpo, Nuria, el cuerpo, ¿dónde pusiste el cuerpo de Marian Zapico del Real?, su cuerpo... ¿dónde está?”.

“Soy una mujer digamos que fuerte a la que algunos diseñadores considerarían gorda. No mis amigas, por supuesto, que siempre me dicen lo mucho que he adelgazado, y ahora más. Marian, en cambio, era muy poca cosa, siempre a régimen permanente, aunque no estuviera ya en televisión. Por eso la pude meter en su propio coche en los asientos de atrás, no pesaba nada.

La tapé con una manta que llevaba en el maletero y me puse su gorro y sus gafas de sol. Salí conduciendo haciéndome pasar por ella. Los cristales oscuros del automóvil impedían que se viera bien el interior. Me abrieron así las puertas del garaje de la radio. Creyeron que yo era ella, que ella era yo.

Luego, una vez en la calle, tuve que pensar rápido, escenario management lo llamaría mi hijo Santiago, el que vive en Estados Unidos: Escenario 1, Marian está realmente muerta: entonces ir a escenario 1.1.; Escenario 1.1, ¿Cómo me deshago del cadáver?, ¿y qué hago con el coche después?; Escenario 2, Marian no está muerta: pasar a escenario 2.1.; Escenario 2.1, rematarla sin falta y, tras resolver esto, pasar al 1.1.en directo.

Al final era verdad que iba a necesitar algo de método, porque en el mejor de los casos yo estaba en el escenario 1.1. y sin saber qué hacer con el cuerpo de Marian ni con su coche ...”.

Noto a la chica incómoda, sin la concentración con la que hasta el momento escribía. Se revuelve en su asiento sin parar. Debe de ser que le

estoy metiendo un rollo de impresión, que me pierdo en lo que le cuento... Y es verdad.

Tengo un poco de lío en la cabeza, confusión. No tengo nada claro qué pasó después, en la madrugada aquella del 28 de diciembre de 2011. Pero, además, en este momento, es como si volviera a revivir, como si fuera presente aquella huida fatal que estoy recordando... ¿o es presente quizá...?

¿Estaba hace un año o estoy ahora, 28 de diciembre de 2012, un año después?

¿Ocurrió o es ahora cuando tiene lugar esa huída singular?

Me noto a mi misma en el coche de Marian cuando se lo cuento a esta mujer en esta sala, que no sé bien ni dónde estoy.

La luz que tanto me molestaba me vuelve a cegar, siento sed, frío y calor. Y me parece que hay alguien más aquí, una presencia distinta a la de la chica que se empieza a desvanecer. Ni sé quién era ella ni sé quién más está aquí. Cierro los ojos, mejor así.

Veó entonces en el salpicadero del automóvil de Marian la señal de reserva de gasolina. Seguro que puedo tirar con la que hay. Estos coches buenos dan mucho de sí. Así que cojo la M30 al salir de la emisora y como una autómatas conduzco sin rumbo fijo, sin pensar, horas, alrededor de Madrid, la M40, la M50, no sé cuántas, sin parar.

Está amaneciendo y acabo por entrar a la carretera de Colmenar Viejo, la 607, camino a Navacerrada voy en pleno invierno. ¿Como para tener que poner las cadenas de un coche que no es el mío y con un cadáver o una mujer medio muerta dentro! Afortunadamente no parece haber nieve en esta Navidad que tan suave está siendo en Madrid. Cayó una helada esta noche, eso sí.

Comienzo a sentir una tranquilidad cada vez mayor, siempre me relajó conducir. Ni rastro de angustia o preocupación por lo que acaba de pasar. La sed que tenía, el frío y el calor se me van. Es como si entrara en otra dimensión.

Ni siquiera me molesta el móvil de Marian que suena por algún lugar del coche. Porque el mío no es, desde luego que no. Es un tono nada habitual, un pitido insólito para un teléfono. ¿Es su móvil ese sonido constante, cada vez más largo? Bip-bip, bip-bip, bip-bip, biip, biip, biiiip, biiiip, biiiiip

“Vamos a ver Nuria, lo del cuerpo ¿qué hiciste con él?, ¿dónde lo pusiste? ... El cuerpo, Nuria, el cuerpo, el cuerpo de Marian ¿dónde está?”.

La chica que toma notas a mi lado ha desaparecido, es como si me interrogase alguien más. Hay otro hombre en la habitación, tiene cara de

inspector y de pocos amigos además. Me está agobiando tan cerca, qué pesado. Ahora tengo de nuevo frío y mucho calor, ya ni sé, y sigo sin soportar la luz esta cenital que hay. Además no llego a recordar lo del cuerpo en este momento, si está muerta Marian o la tuve que rematar luego... ¿Y qué hice al final con ella, con su cuerpo, qué hice yo...?

El coche, sólo el coche de Marian. Yo en el coche y la carretera, nada más. El coche y yo.

El teléfono comienza de nuevo a sonar con pitidos más largos y seguidos, más. Que suene, ni me molesta. Bip-bip, bip-bip, bip-bip, biip, biip, biiiip, biiiip, biiiiip.

Y es que en este momento sólo tengo conciencia de la formidable sensación de conducir un Jaguar verde. Porque eso era, eso es, el coche de la Zapico: un auténtico Jaguar en un verde inglés exquisito, una auténtica preciosidad. Y con esta sensación el frío y el calor, la sed, quedan detrás.

No me había dado ni cuenta de lo que en el garaje por los nervios y las prisas al matar. Caigo más adelante, cuando llevo conduciendo toda la noche, con este sol ya espléndido de la mañana del 28 de diciembre, a la altura del Parque Natural de la Cuenca Alta del Manzanares.

“¡No me lo puedo creer!, ¡tengo *todo* un Jaguar entre las manos!”

Un pedazo de Jaguar conmigo dentro se desliza por la carretera casi desierta, pasando él y yo de radares y controles de velocidad.

Sé que estoy hecha para la vida en general y la buena vida en particular. Veo la botella de la Veuve Clicquot en el asiento delantero del Jaguar como una evidencia palpable de que me gusta vivir bien. Y eso también es conducir este coche: una experiencia impresionante sin la cual no se debería ir nadie al otro barrio.

Las manos en el volante, levantándolas cada vez más, dejándome llevar por el Jaguar que parece saber dónde vamos, confiada ya. No hay nada más que hacer a punto de acabar este año, en una dirección que yo no decido, ¿qué más da?, con el cuerpo de Marian Zapico del Real vivo o muerto detrás, y el pitido ese de fondo.

Anda que no hay diversión: el Jaguar y yo, yo y el Jaguar, fundidos, uno solo ya, velocidad y comunión perfecta, él parte de mí, una extensión natural de mis brazos y piernas avanzando hasta el final, yo también maquinaria y carrocería perfecta, elegancia, clase y estabilidad.

Han tenido que pasar cincuenta y pocos años para caer en ello: yo no merezco nada menos que esto, y de ninguna manera voy a tener menos ya.

¿Cómo he podido conducir antes coches que no fueran este impecable Jaguar verde? Incomprensible: ahora sé lo que es conducir de verdad. Lo demás es otra cosa que se le puede parecer algo, pero que no llega a ser lo que con propiedad se llama conducir. Conducir es conducir siempre un Jaguar verde inglés y nada más. Ligera, ni mi peso noto, ni el roce de la carretera; rápida, a la DGT que le den, y al carnet por puntos también. En ese momento soy realmente mortal. Sé que lo soy en plena velocidad, hacia arriba y sin parar.

“Nuria, venga, no te vayas por las ramas, no te vayas, no... ¿Qué hiciste con el cuerpo?... ¿Lo vas a contar o qué?”.

Una voz me insiste a lo lejos. El bip del móvil de Marian o quien sea al fondo, un pitido ya constante en mis oídos, nada molesto, simplemente está. Biiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiip

Sigo con el Jaguar. No me quiero bajar. Y voy hacia la montaña que se ve al final. No tengo miedo. Me gusta la velocidad y dejarme llevar.

CAPÍTULO 7

Y que no haya manera de conducir un jaguar con un cadaver detrás y que ni así te dejen en paz ...

(29 y 30 de diciembre de 2012)

Pero no todo es felicidad en este viaje en el Jaguar. Aunque no debiera decir “viaje”, porque realmente no viajo en el Jaguar, él y yo estamos unidos, somos uno de una manera que no se puede explicar.

Y es que, de repente, por el retrovisor, he visto que una mano de la Zapico asoma ligeramente tras la manta. Tiene una pulserita con uno de esos colgantes de Tous, un osito de plata, ese muy pequeñito que llevan algunas mujeres. Me está mirando, mudo como es, sin boca, dos ojos y dos orejas solo, no puede hablar.

Sonrío con condescendencia. Le pega todo a Marian el osito de Tous, ese detallito de cursilería final.

Tranquilidad: nadie desde fuera puede ver el interior del Jaguar por los cristales tintados, no hay cuidado. La Zapico está tras la manta, oculta hasta para mí, tan delgadita que ni se la nota. Sólo el osito de Tous sale por un pliegue del tejido de lana, colgado de la muñeca de Marian, estrecha como la de una niña. Pero únicamente lo puedo ver yo, menos mal. Sólo yo lo veo, está oculto para los demás.

Nada, venga, yo a lo mío, al Jaguar. Que mire el osito todo lo que quiera desde el asiento de atrás.

Vuelvo a conducir a pleno pulmón, encantada de la vida, feliz, cogiendo una curva y luego otra, a toda velocidad. ¡Qué placer!

Preciosas las encinas y los pinos más adelante, el cielo y las nubes más allá amenazando nieve. La montaña de la Maliciosa al fondo, tan azul y misteriosa, acercándose ya, acercándose yo. La hierba, muy verde; el ganado, suelto y comiendo; y yo, subiendo hacia el puerto de Navacerrada, con la música a todo volumen, buen *soul*, blues y rock. Buena selección la de Marian, qué sorpresa, qué bien. Pensé que iba a tener a Celine Dion y al Divo, que era lo que le pegaba de verdad, pero afortunadamente no.

Más velocidad, más; más comunión, más, entre el Jaguar y yo. Sin frenar ni acelerar, simple potencia en acción, directa y arriba, suavidad y facilidad en cada giro, en cada cambio de la carretera.

Vaya, hombre. El osito de Tous sigue ahí, qué pesado. Los dos ojos fijos, sin cerrar, mirándome, es un tostón.

Nada, que le den.

Venga, otra vez, despego casi, no toco el suelo, huy, qué impresión.

Pero no hay manera, no. Porque el Jaguar, todo equilibrio y perfección, no se mueve ni tiembla por dentro, permanece muy quieto en su interior pese a la velocidad. Así que el condenado osito desde atrás mantiene bien su mirada en mí, en el espejo del retrovisor, no la quita el muy... cabrón.

Vamos, a lo que hay, la carretera, el Jaguar, yo. Yo. Yo. Yo.

Definitivamente no hay nada que hacer. El oso continua ahí con sus ojitos de par en par, una pesadez... ¿por qué me mirará?

Mierda, mierda, mierda...

La vida es complicada: no se puede disfrutar ni cuando estás conduciendo un pedazo de Jaguar verde con un cadáver o una mujer medio muerta detrás.

Ni aún así te pueden dejar en paz...

Todo porque a un puñetero osito de Tous le da por estar mirándome sin parar con sus dos ojitos que no cierra jamás, dos puntitos, sin pupilas siquiera, una bobada de osito además. Es una ingenua figura, una caricatura de oso, una representación infantil, una ficción; un oso en definitiva para niñas, no para mujeres adultas como yo, con todo un Jaguar entre las manos, osos a mí.

Y en este momento, ¡zas!, la molestia de la mirada osezna deja paso a algo peor: caigo en la cuenta de que me he cargado o casi a una estrella de la radio, una pelmaza, eso sí, que había llegado a comprar un osito de Tous, o se lo habían regalado, peor aún, toda una muestra palpable de su inocencia total.

He matado a una inocente, una víctima más. Alguien que lleva colgado un osito de Tous tiene que ser como los santos inocentes, no cabe otra explicación. Y yo la tengo detrás, hecha un fiambre completo o a medio hacer por obra de mi propia mano y de la botella de la Veuve Clicquot que, a Dios gracias, quedó intacta, menos mal.

Pero, ¡por Dios bendito!, soy un animal, bruta como un arado. ¿Qué he hecho y qué estoy diciendo, además, de la viuda y del champán, con un ser humano detrás medio muerto o cadáver ya?

Necesito descargar mi conciencia de algún modo de la terrible sensación de haber arrasado con algo, alguien, que debía haber compadecido de corazón, mirado como lo que es: una inocente, una víctima más de su propia maldad o

estupidez, de ambas a la vez quizás.

Una inocencia de fondo total es la suya, la de Marian Zapico del Real. Ahí está el puñetero osito de Tous para demostrarlo, para demostrármelo. Sólo le falta hablar al pobre oso y decir “¿cómo están Vdes.?” , aquel saludo de los payasos de la tele.

¿Cómo no pude ver yo esa inocencia de Marian tras su tonta maldad?
¿Cómo soy incapaz de darme cuenta, de no saber ver más allá?

Entonces el Jaguar verde empieza a desvanecerse.

Se deshace primero el volante entre mis manos, los asientos luego y la parte de atrás, incluyendo, afortunadamente, al osito de Tous, al que tengo una manía totalmente irracional.

Todo fuera se esfuma también, carretera, vacas y hierba, encinas y pinos, la nieve al final, el cielo azul, se funden en polvo, se los va tragando poco a poco la oscuridad.

Mientras, la montaña de la Maliciosa se crece ante mí, imponente en su sombra y me abraza con su cálida penumbra ya gris, negra al final.

Me dejo acoger por sus tinieblas, no se está mal.

Y aparece algo que no sé bien qué es, un vacío o sólo un hueco, una fuerte presión en el pecho y una doble llamada de fondo, “ven” y “no te vayas”, las dos a la vez y por igual.

En esta oscuridad y este vacío que no me dan miedo creo que debería saltar.

Pero no sé bien hacia dónde.

¿A qué llamada seguir? ¿A la de ven o a la de quédate?

Y ya es rara en mí la indecisión.

¿Y si mejor sigo donde estoy?

Porque así, sin moverme, quieta, en la inacción y sin ver, siento una gran paz.

Quizás me quede un tiempo así.

CAPÍTULO 8

La montaña, de momento, no. El corazón en todo lo del asesinar

(31 de diciembre de 2012)

Algo un poco raro, más de lo que ha pasado, me ocurre en mitad de la oscuridad y de la montaña que se cierne sobre mí, hoy, último día del año 2012, en esta escena final donde soy pequeña y nada ante las dimensiones que parece tomar lo demás. Y donde, qué raro en mí, no siento prisa ni agobio, sólo serenidad, en este limbo final, la montaña cada vez más grande, más oscura, y yo cada vez más cubierta por su sombra azul.

En esta tierra de nadie en la que me encuentro hace tiempo tengo una sensación nimia y me temo que nada trascendental frente al resto.

Es muy insistente: algo se me está olvidando y no sé qué es. ¿Qué será? Estoy paralizada intentando recordar algo seguramente estúpido o de logística.

¡Por Dios!... Debo de estar en un momento seguramente importante de mi vida, vital, y tengo la misma impresión tonta de al salir de casa: ¿luces apagadas y todo en orden detrás?, ¿llevo el móvil?, ¿el cargador?, ¿las barritas de Biomanan?

Pero ahora no tengo bolso, no puedo mirar en él. Ni siquiera creo que tengo cuerpo ya o que lo pueda ver, en fin. ¿Qué será lo que olvido, Dios mío, qué será...?

“Venga, a por ella, que se nos va.”

Y en este momento, hoy, 31 de diciembre de 2012, siento una fuerte descarga en el pecho, en mitad de la penumbra y en la indecisión donde me encuentro, donde estoy.

Es bestial esto, como en el Parque de Atracciones, subida de golpe y vuelta a bajar. Me da un vuelco el corazón en sentido literal. Quizá tenga que volver hacia atrás. ¿Será eso?... Podría ser.

Siento otra descarga más y caigo en la cuenta de eso que se me olvidaba y me estaba rondando en este momento de oscuridad, montaña y paz. Ya sabía yo que algo no encajaba bien en todo esto, algo quedaba fuera de lugar.

Es eso que llevo dentro en el corazón, en el pecho, precisamente ahí donde siento con fuerza una descarga: todo lo relativo al amor, que en esto del asesinar algo habrá tenido que ver, digo yo.

Un año entero, 2012, ¿y el amor, la amistad, el cariño estuvieron totalmente al margen de mis asesinatos? Imposible que así fuera.

Soy una mujer a la que quieren y han querido mucho. Tengo hijos y amigos, familia, sola nunca he estado. Y yo he querido como he sabido hacerlo, como he podido, la verdad, muchas veces mal.

Algo les tuve que contar, quizá tuve cómplices al final en lo de asesinar, seguro que sí.

Y en mitad de la sombra donde me encuentro tan a gusto, y donde lo que me nace de dentro en todo caso es dar un paso siempre al frente, por costumbre, yo para atrás ni para tomar impulso, me digo que el paso ese hacia delante de momento no lo voy a dar.

La montaña me parece bien, pero esperará aquí un rato.

Que yo sepa, la Maliciosa no se ha movido nunca de dónde está, y mira que lleva años.

“Otra vez, vamos allá, casi está, la tenemos casi...”

Con esta descarga última en el pecho todo lo que hay en mi corazón se hace presente, mis hijos, mis amigas, hasta mi ex. Necesito recordar.

Lo siento mucho, montaña. El paso en la oscuridad iba a ser hacia ti, para tu abrazo. Quiero tu calor y el valle de luz que cobijas detrás. Pero ahora me voy a dejar llevar por esta fuerza física que me vuelve a arrastrar, por la electricidad, por lo que llevo dentro, en el corazón, que casi también se puede tocar de tan real como es.

Quieta, parada y fluyendo de nuevo pero esta vez hacia atrás, como la marea, de pleamar a bajamar, tirando hacia atrás.

La oscuridad se desvanece, la montaña deja de imponerse, se va.

El polvo vuelve a reconstruir otro escenario, el de la sala donde me encontraba al principio, contándole todo a la chica esa joven, la de las notas y el cuadernito escocés, como la manta con la que cubrí a Marian.

Huy, qué divertido, vuelta a empezar de algún modo.

Me encanta volver a comenzar, pese a que el Jaguar era estupendo y lo del desvanecimiento final todavía más. Miedo, lo que se dice miedo, en mi estado no he pasado.

“Parece que la tenemos ya, está estabilizada...”

Mis hijos, mis amigas, mi ex. ¿Qué les conté y qué no de todo mi proyecto criminal, de lo de mi asesinar? ¿Qué papel jugaron al final cada uno en este año 2012 que acaba, en todo esto?

La chica se ha vuelto a sentar a mi lado, a tomar notas, está de nuevo en la

habitación.

“A ver, hija, escribe, que de algo sirva” le digo.

Sigo sin caer quién es y para qué está. Más allá de ese abrazo que me dio, es su olor el que me resulta familiar, tan familiar...¿Usará el perfume de mi madre, de mi abuela? Se lo tengo que preguntar, es un olor muy peculiar.

CAPÍTULO 9

La santa hermandad: muchas víctimas y poco método

(1 de enero de 2013)

“Una reunión de mujeres, y más de la Santa Hermandad, como mi hijo Juan llama a mi grupo de amigas, suele ser algo difícil de contar. Hay mucha introducción, abundante conversación y, desde luego, despedidas muy largas. La eternidad es comparable a dos mujeres a las que les cuesta decirse adiós y se entretienen. Eso es la eternidad. Solemos tener un orden fijo del día que es el de hijos, hombres y padres; los padres siempre al final, la vejez y la enfermedad de los que queremos es lo que más triste nos suele poner. Establecemos turnos de palabra también, para que no haya seis conversaciones distintas y estemos todas a lo que estamos. Pero es igual el orden o los turnos porque lo acabamos mezclando todo e interrumpiéndonos constantemente.

“Yo a veces mataría a mi marido, si te soy sincera...” soltó una de sopetón.

Qué barbaridad, empezábamos mal. Yo las había convocado no para contarles toda la verdad, por supuesto. Tengo una amiga juez y otra fiscal, no podía comprometer a las presentes teniendo al aparato judicial de frente.

Así que me inventé, por eso de que escribo, una novela de crímenes como parte de mi afición, otro palo nuevo que tocar. Cosas mucho más raras he hecho en la vida, así que no les extrañó nada que me diera por los delitos sangrientos en esta ocasión y que necesitara ideas de víctimas y, sobre todo, de método.

Hablar con las amigas, contar también con ellas, con su ayuda, consejo u opinión, a veces contradictorios unos de otros, e incluso dentro de los que cada una de ellas dan, forma parte de la terapia habitual de muchas mujeres entre los 12 y 90 años. Las amigas son un apoyo fundamental y a mí, tras mi divorcio, me demostraron que con ellas sí que podía contar. Ellas, las amigas, son las que siempre están. A mí la Santa Hermandad siempre me ha respaldado y esta vez no fue la excepción.

“Mira, no, el marido *no puede ser ni en la ficción*”. Volví a aclarar el tema. “La protagonista de la novela tiene por norma matar solo a desconocidos (además de muy malos y muy tontos), así que marido, hijos, suegras y madres, descartados todos, por favor... Como lo están también los jefes y los

compañeros de trabajo, salvo que no se tenga contacto alguno con ellos. Estamos hablando de una protagonista que no es real y de las tres condiciones que ella establece, no las de cualquiera de vosotras, que cada una tendrá una idea diferente de condiciones para asesinar...”.

La aclaración las dejó un tanto mustias. Pero rápidamente todas, más de doce -juez y fiscal, dos profesoras, una médico, una enfermera, dos en paro, otra en banca, dos administrativas, una prejubilada y otra periodista- se animaron y sugirieron víctimas potenciales al respecto, todas ellas perfectas desconocidas, como era menester.

Acabó por darme miedo a cuánta gente, sin saber de ellas nada, seríamos capaces de asesinar algunas mujeres. En cambio, ninguna de mis amigas llegó a contribuir en lo del método de matar, que es en lo que yo había fallado en realidad con la Zapico. ¿Cómo hacer para matar sin dejar rastro? Ese era y es el problema que seguía sin resolverse, el cómo hacerlo, cómo matar sin dejar huella.

“Pues abajo nos han puesto una academia de flamenco que no soporto, no conozco de nada a los dueños, así que podrían ser unas víctimas perfectas...” María habló.

“Pues, en cambio, en mi caso varias madres y padres de alumnos que tienen mis compañeros, alguna inspectora funesta y gran parte de la consejería de educación, que afortunadamente no tengo trato con ellos, serían unas víctimas ideales para lo de asesinato tuyo: muy malos, muy tontos y totales desconocidos...”, Laura, profesora de instituto lo tenía clarísimo. Como también la médico y la enfermera, hay que ver cómo está la Sanidad.

Luego alguien sugirió el magnicidio. Entonces nos enzarzamos en una discusión política como pasa a veces: la Santa Hermandad no es políticamente monocolor, así que hay que tener cierto cuidado porque podemos salir tarifando, que si unos, que si los otros... En fin, mejor no hablar de política jamás.

Me hizo pensar mucho, la verdad, la reunión aquella. Porque gracias a la policía, la religión, la ética y, por otro lado, a la falta de fuerza bruta y, sobre todo, a la carencia de un método para asesinar -nadie dijo nada naturalmente sobre “cómo asesinar”, un desastre total-, me di cuenta de que el mundo quizás es mucho mejor de lo que podría ser gracias a que las mujeres nos dedicamos poco o nada a matar. Que si pudiéramos, si no tuviésemos las tres primeras instituciones, comunes a casi todo el género humano, o si contásemos con las dos últimas, que al parecer la naturaleza niega al menos a la Santa Hermandad

que yo frecuento, era como para echarse a temblar.

“¿Cómo te encuentras?” fue la pregunta estrella de la noche aquella de febrero dirigida a mi persona, complementada con un “Cuenta conmigo”, como si fueran las Olimpiadas y me presentara al maratón o similar. Qué pesaditas estaban. Me mareaban y me ponían triste. No quería hablar de ese tema, ni de pruebas, ni nada. Sólo de asesinar a la víctima perfecta, de acabar con ella. Era fundamental que en ese año yo lo pudiera hacer: matar a quien había que matar.

Terminó la reunión como suelen hacerlo algunas de éstas: catarsis colectiva hablando sobre la vida y la muerte, y eso que bebimos poco. Se echó alguna lágrima discreta en el baño o en parejas, pero en cambio nos reímos todas juntas. También hablamos sobre el amor, por supuesto. Lloramos más entonces, es lo frecuente.”

La chica sigue escuchándome y tomando notas a mi lado como una niña aplicada, seria y concentrada en lo que escribe. Me acuerdo de algo importante que pasó.

“Se me olvidaba que, en medio de todo el aquelarre, alguien llegó a sugerir aquel día de febrero lo siguiente:

“Pues yo mataría a quien le entristece y obsesiona el bien ajeno o tu misma persona sin apenas conocerte. A quien sufre porque te vaya bien en algo y quiere manipular lo que pueda al respecto. Algunas mujeres toman como una verdadera afrenta que otras lleven una sonrisa de oreja a oreja, sea la que sea: la causada por el marido o el novio; la otra sonrisa, mucho menor, de la que disfruta con lo que hace o tiene éxito en su profesión y, ay, lo demuestra; y más, la sonrisa de las que tienen hijos, y, también, la de la que no los tienen y está contentas, la de la que tienen un éxito bárbaro entre los hombres y, si me apuras, la de la que no se come un colín y va a su bola sin echar mucha cuenta. Hay que ser muy discreta en la sonrisa y en lo que se muestra, aunque sea por alegría o entusiasmo. A veces hay que acabar matando en legítima defensa a quien pretende hacerte daño. Da pena, pero por la caridad entra la peste....”

Nos quedamos en silencio.

“Pero eso *no es para matar*” dijo Begoña, ecuánime siempre. “Eso es para compadecer e ignorar en su caso a la envidiosa. Es tan humana la envidia, tan femenina a veces... Y nadie estamos a salvo, todas podemos caer. Si te paras a pensar la envidia tiene dos víctimas siempre, la envidiada y la que envidia...”

Nos callamos porque tenía razón. Es lo malo de la Santa Hermandad, que

algo de sentido común aporta en medio del follón que solemos montar”.

De todo esto la chica que escribe solo dos palabras con una tinta que ahora es verde:

Mujeres
Envidia.

No sé cómo lo hace para cambiar de color tan rápido con esa pluma que tiene, muy antigua, ahora que me fijo. ¿Tendrá cartuchos diferentes? No, ni siquiera es una estilográfica. Parece una pluma de las de pájaro de tan grande como es.

CAPÍTULO 10

Mamá

(2 de enero 2013)

Bueno, en fin, aquí estoy de nuevo, el 2 de enero del nuevo año, 2013. Seguimos con mi carrera de asesina que comencé en las Navidades del 2011, ¿qué hice con el cadáver de la Zapico, mi primera víctima?... ¿conté con cómplices, con ayuda exterior?... Porque la Santa Hermandad apenas me aportó, así que me vienen a la cabeza, al corazón, mis tres hijos, Pablo, Santiago y Juan, ya mayores, criados e independizados... Ay, Dios, ¿fui como Ma Baker, la de Boney M, o la madre de los hermanos Dalton...? De verdad, qué horror...

“Bueno, Nuria, tú me dirás...”

Ahí está, atenta como si fuera una estudiante aplicada, esperando a que yo le cuente cómo fue... Pues va dada, porque realmente ahora que intento recordar no sé muy bien qué pasó. En fin, se lo explicará como pueda, por confuso que pueda sonar.

“Mira, yo sé que en lo de Marian algo tuvieron que ver mis tres hijos, más que nada porque los hijos te hacen sacar recursos de todo tipo de dónde pensabas que no los tenías, siempre ocurre igual...”

“Bueno, bien, ya, pero me tendrás que explicar cómo fue, ¿no?...”

Ahí me ha pillado, a ver ahora qué le cuento yo. Quizás si ella...

“Tú no tienes hijos, ¿verdad?” Le pregunto. Pienso que los míos, ya treintañeros dos de ellos, todavía no me han hecho abuela, con las ganas que tengo ya... “Hoy en día la gente tiene hijos más tarde que en nuestra época...” me pongo a explicar.

“Pues, mira, no tengo ninguno, pero es algo que ni me lo planteo. Está totalmente fuera de mis posibilidades, la verdad...”

Me he quedado de piedra. “Bueno, eres joven todavía. Tendrás novio algún día, querrás tener hijos con la persona que quieras, con el hombre adecuado... ¿no?” Se lo suelto de repente, no puedo evitarlo. Tener hijos, quererlos, me parece lo normal, lo habitual...

Pero hay algo raro en cómo ella ha dicho lo de posibilidad. Y yo le he contestado demasiado rápido quizá. A veces hablo antes de pensar. Y puede pasar que metes la pata en esto y haces daño. Aunque hoy las chicas son

distintas a cómo éramos nosotras. La mayoría queríamos hijos y un marido. Era lo normal en mi época. Pero quizá es que ella no puede tenerlos, quién sabe...

“Mira, no consigo recordar en concreto cómo fue, me vas a perdonar... Sólo sé que fueron sobre todo ellos, mis tres hijos, y no sé cómo se las arreglaron al final, la verdad... Sin que te enteres los hijos te sirven hasta para deshacerte de un cadáver sin dar muchas vueltas, sin proponértelo...

Una mañana te levantas y sabes que el cuerpo de esa mujer estará por alguna parte, pero bien guardado, pudriéndose con seguridad. Claro está que puede ser como las películas de miedo: cualquier día se me aparece la Zapico en plan zombi y me pego un susto de espanto. Ya sabes, en las películas de terror está la protagonista en la bañera al final, pensando que el asesino, el monstruo, el zombi o esa criatura infernal, la que sea, ya está acabada o a buen recaudo, que todo marcha bien y llega el final feliz. Y de repente, plaf, no sabes cómo, aparece la mala o el malo casi cadáver, demacrado, un horror... y quiere matar otra vez a la protagonista, lo quiere volver a intentar. Y toda la sala grita de espanto, porque creíamos todos que el zombi estaba fuera de combate...”

Mientras hablo me doy cuenta de que todo lo que digo no tiene ningún sentido, pero que es la verdad. Pasa a veces en la vida, hablas sin saber qué estás diciendo y luego tiene un significado para alguien, para ti misma al final. Le sigo contando.

“Siempre te queda la duda de si lo has hecho bien, de si lo estarás haciendo bien... ¿sabes? De si habrás sido una buena madre, de si te recordarán de algún modo más que riñendo porque estaba todo hecho un desastre... De si se acordarán de ti cuando ya no te necesiten, como es mi caso. Y eso que es un gran descanso saber que te quieren pero que ya no te necesitan más...”

Siento mucha tristeza y a la vez paz. ¿Qué puedo contar sobre mis tres hijos...? No sé...

“Sin embargo, mientras estás en la faena no tienes tiempo ni de pensar casi en lo que es ser madre... Estás en ello, simplemente, sobreviviendo a menudo...”

Otro momento de no hablar. Sigo después de unos minutos de silencio. Ella me sonrío todo el tiempo con un rastro de... ¿nostalgia? No lo sé identificar. Es imposible, puede ser madre si ella quisiera... edad tiene... Pero quizás no puede y lo sabe ya...

“Nuria, sigue, cuéntame, me gusta lo de ser madre, debe de ser bonito, ¿no?...” me dice.

“¿*Bonito*? Pues no es la palabra, no... pero... A veces cuando son pequeños todavía y lo que hay es biberones, pañales, vestir, bañarles, etc., es como si estuvieras en un túnel, una especie de niebla general... Luego miras hacia atrás y te dices ¿y de todo esto fui capaz, fuimos capaces Mauro y yo? Porque yo me divorcié cuando ya estaban los dos mayores en la universidad, el otro a punto de dejar el colegio. Y con Mauro conté para todo cuando eran niños, casi hasta que fueron mayores de edad, esa es la verdad. Y ha sido un buen padre, excelente, no podría decir que no. Y pudimos hacer lo más importante los dos juntos, a Dios gracias...”

No puedo ni contarle ya. Necesitaría decirle a esta chica mucho más. Querría que supiera de tantas tardes de parque con ellos. O esas otras de merienda en casa y a estudiar, de llevarles y traerles, y volverles a llevar, de buenas noches y “déjame leer un ratito más, mamá”. De todo esos exámenes que salen bien o mal. De este niño que está serio y no sé lo que tiene, y ahora el otro pega a su hermano, y esto hay que pararlo, es ya muy mayor para ponerse así, tiene que entender y compadecer a los demás, no puede ser un matón ni cruel. Y esos otros corriendo al hospital, brecha viene y brecha va, porque los míos han sido muy inquietos y se abrían la cabeza de cada vez, especialmente Juan, y también todos esos sustos de enfermedades o fiebre de 40 y que no baja, y te vas corriendo a que le vea el médico, y luego no es nada, pero el susto te lo has llevado ya.

Me gustaría contarle cómo es explicarles a los hijos un mundo que tú no comprendes ni te gusta nada a veces, pero así, en negativo, no se lo debes contar jamás.

O saber que ellos te observan sin parar, y que aprenden más de ese modo que con todo lo que tú les puedas decir jamás de “haz” o “no haz”, de cualquier discurso o teoría moral. Y el perder los nervios a menudo y volverlos a recuperar y que ellos te vean tal y como eres, un total desastre, porque a los hijos no se les puede engañar. Y ser mamá hada a veces y mamá bruja, mamá.

Y luego quizás ella no sepa de esas luchas con los chicos para que se duchen, que son unos guarros, zapatillas con un olor de espanto que había que poner en la ventana. Y, de repente, un día ya se duchan sin perseguirles, están horas y horas en el cuarto de baño y notas que salen bañados en colonia. Y echan siete cosas a la vez a lavar, quieren ir impecables... Entonces te das

cuenta que ya no tienes un niño, que tienes un hombre en casa ya.

También tendría que hablarle de todos esos achuchones que se han llevado, porque yo soy de grito y luego achuchón, más que catalana, napolitana parezco al final, y hasta que me han dejado me he aprovechado para abrazarles todo lo que he podido. Y alguno se ha dejado, en privado, hacerlo más, ya mayor. O te cogen y te dan un abrazo en mitad del pasillo. Y no sabes lo mucho que necesitabas eso, un abrazo de tu hijo cuando ya es mayor y tú lo eres mucho más. Cuanto mayor eres más les necesitas, más.

Al final no le cuento nada de todo esto. Solo recuerdo qué son mis hijos, lo mucho que les voy a echar de menos. Una vida sin ellos es impensable, no sería yo.

Realmente no puedo explicar nada, solo sentir lo que siento, nada más... En cambio, le digo algo que me sale de muy dentro, de repente...

“Me gustaría que ahora que son mayores no perdieran su alma, nada más. El resto me preocupa ya muy poco. No sé si me entiendes...”

Para mi sorpresa me dice “Pues sí, eso sí lo entiendo bien, lo de no perder el alma lo entiendo fenomenal...”

Ahora sí que me ha dejado totalmente descolocada. Ya no sé ni qué pensar de la chica que no para de escribir a mi lado.

CAPÍTULO 11

La noche de autos real

(3 de enero 2013)

Sigo pensando que esto se parece cada vez más a *Los Ángeles Law*: un caso complicado o hasta muy simple, y una chica perfumada como mi abuela o una tía, quizás mi madre, pero que realmente es una actriz sin idea de derecho, intentando entender a una pobre mujer, yo, que se explica mal, fatal, que mezcla las cosas, que va para adelante y para atrás, y que ahora está todavía más confusa, más.

Y hay algo que me sigue molestando por dentro, muy hondo, que no se me va.

Ella ha dejado el cuaderno un momento señalando con el cierre ese metálico la página donde ha dejado de escribir. Qué gracioso, es un pequeño candado colgando, como para proteger el cuaderno y que nadie lo lea. No me había dado cuenta hasta ahora.

“¿Quieres contarme algo más? Soy toda oídos. Quizá te ha quedado algo importante todavía por contar” me dice. Es como si adivinara por dónde van los tiros, y eso que parecía inexperta, demasiado joven para entender o luego vieja, ya ni sé bien qué pensar de su edad.

Pues sí, se lo voy a contar del todo ya. Al principio lo hice como una cosa graciosa, una salida de pata de banco, un simple arranque de genio mío, esa causa próxima de mi asesinar. Y no, no fue solo eso. Sé que no lo fue.

La noche de autos real, el inicio de todo, fue el 24 de diciembre de 2011, hace ya más de un año. Tengo que volver otra vez a ello, a qué dije, cómo lo dije, por qué lo dije, al daño que pude causar. Porque tiene algo que ver, mucho, con todo esto.

“Mira, verás, resulta que no te he contado todo lo que pasó la Nochebuena de 2011...”

Hago silencio, me cuesta hablar. Sigo después de un rato. “Lo cierto es que yo estaba preocupada desde hacía un par de semanas. Había hablado con el médico y el diagnóstico era el que era. Me animó, me dijo que el año iba a ser duro, pero que podría salir adelante y que, en todo caso, iríamos viendo.” Me quedo callada de nuevo.

“Ya. Era una cosa grave, ¿verdad?”. Me mira con cariño y deja la pluma

tan especial de lado. No escribe, como si supiera ya lo que le voy a contar. El cuaderno está cerrado.

“Sí, muy seria. La misma razón por la que me cogí la prejubilación, pero en Diciembre de 2011 agravada. En fin, no me lo puso bien el doctor Rupilanchas. Me dijo que iba a necesitar ayuda durante el 2012, mucha ayuda y todo el apoyo del mundo, medicación, descansar.

Me horroriza molestar a nadie, ser el centro, dar malas noticias y, mucho menos que me compadezca nadie, eso es lo que me gusta menos: no soporto la compasión de los demás. Así que decidí de momento contárselo a mis hijos, por eso de que tengo a uno fuera y los otros dos, aunque viven en Madrid, viajan bastante y no les veo todo lo que yo quisiera. Me dije que entre copa y copa de champán la noticia quedaría diluida, mejor como si tal cosa. “Nada, que tengo otra vez que cuidarme...”

Así dicho, con la alegría reinante, no les agobiaría, pero lo sabrían ya. En cualquier caso, el doctor me había dicho que había que esperar y que, si no iba mejor, operaríamos al final quizás, que íbamos a ver cómo se desarrollaba todo con el tratamiento...”

La chica se ha levantado y se me acerca más, pero ya no escribe, ¿por qué? Comienza a hablar, resume lo que pasó.

“Y en éstas que tus hijos no vienen a cenar, que llamas, que están con su padre porque le acaba de dejar su actual mujer que se ha ido llevándose a la niña y que les invitas, junto a tu suegra, a cenar a casa. Y entonces os enzarzáis en una discusión familiar. Me acuerdo, pero sé que lo de discutir es algo normal, como tantas familias en estos días precisamente, nada significativo, lo habitual...”

Nos quedamos calladas las dos un momento. Luego vuelvo a hablar. Me cuesta hacerlo. Ella vuelve a abrir el cuaderno para escribir.

“Digamos que muchas cosas en la vida no cicatrizan bien, ¿sabes?... Es como si no se acabaran de limpiar, incluso cuando tú crees que no, que es caso cerrado, que ya estás en paz contigo misma y con los demás. Luego se añaden circunstancias variadas. Puede ser que tu jefe, si lo tienes, te riña ese día otra vez, uno más. O que no encuentres aparcamiento, el ascensor que no funciona, las cosas que se rompen y no puedes arreglar, todas esas minucias que te acaban por desquiciar. O que estés simplemente agotada de la vida, cansada de ti, harta, también desilusionada con alguien en especial, incluso contigo misma...”

Es lo más habitual, ¿sabes?, estar desesperanzada, sabiendo que cabe

esperar muy poco de una misma o de la vida en general. No sé, se juntan a veces muchas cosas antes de hacer daño a alguien o de que te lo hagan. Pero no quiero disculparme. Quiero contarte lo que dije, para que veas cómo puedo ser...

Me di cuenta que esa Nochebuena no era el momento para hablar de lo mío, de mi enfermedad. Ya habría otra ocasión mejor. Me callé. Me lo tragué a pesar de todo. Quizá hice mal... o bien con el silencio. Ya ni sé.

Intenté animar a Mauro y a mis hijos posiblemente sin tacto. Tengo que decir que además me fastidiaba mucho que no probaran bocado al pedazo de cena que había preparado, al caldo, a la pularda, los langostinos de Huelva y al jamón del mejor.

Fíjate qué tontería. Me siento molesta cuando la gente no come, cuando hay desgana, inapetencia. Es como un desprecio que se hace a quien cocina y a la propia comida, que está ahí para que la comamos, una bendición más de las muchas que recibimos, algo más de lo que la vida nos da. Puede ser también mitad orgullo mío... Al final no cocino por generosidad, ¿sabes?, me gusta el agradecimiento de los demás. Y luego esa costumbre de la infancia de acabar comiendo lo que te ponen en la mesa sin poner mala cara. Mal, ya lo sé, es una estupidez...

“Tú, Nuria, *no lo entiendes*, tú *esto* no lo puedes entender...”

Esa frase de Mauro dicha por alguien que ni me había mirado al entrar en mi casa, cuando le había acogido a cenar una noche tan especial debido a su situación, pronunciada por la misma persona que me había abandonado por otra, me sentó fatal. Por dentro además yo llevaba mi propia procesión. Podría haberme callado y entendido que él no sabía lo que decía con el dolor del momento, haberme hecho la sorda. En la vida hay que hacer así muchas veces, es la clave de la felicidad, hacer que no oyes... Pero no lo hice, entré a trapo y a por todas, como una fiera.

“Y tú sí que no tienes ni idea de lo que es querer, así que cállate la boca”

Lo dije y sonó como un disparo a bocajarro, seco y duro, al corazón de alguien con quien compartí más de 24 años de casada, con quien tengo y eduqué tres hijos hasta aquel año 2000. Y fue además en público, harta ya de tanta monserga de “pobre papá”, “pobre papá”, “pobre papá”.

¿Cuándo me había quejado yo? ¿Cuándo me habían visto mis hijos ni nadie el más mínimo mohín cuando su padre nos dejó? Nunca, jamás. Sentí que la víctima era yo y me revolví. Me contestó él con algo duro también. Pero da igual lo que dijera. Sé bien que tú estás aquí por mi caso, no por el suyo...”

Me echo a llorar, no puedo más de la pena que me da. Luego sigo.

“Siguió la discusión. Me blindé por dentro y volví a disparar. Soy más rápida y hago más daño que él con la lengua, le llevo en esto mucha ventaja. También porque seguía herida. Había algo a pesar del tiempo, siempre ahí, agazapado y listo para saltar. Y eso que pensaba que estaba todo superado y que incluso su mujer, Gina, por la que me dejó, me caía bien, y hasta quería a su hija, la de ellos dos. Pero no, otro disparo perfecto directo al corazón de Mauro, quise darle, herirle a conciencia y le dije lo siguiente:

“Tú primero quieres una cosa y luego otra. Y te encaprichas. Y te pueden durar los caprichos más o menos tiempo, depende. Eres un niño, un niño chico, y siempre lo has sido. Así que no es de extrañar que, cuando no te salen las cosas como tú quieres, pretendas tener a todo hijo de vecino a tu alrededor, a ver qué le pasa al niño...”

Me pongo de nuevo llorar recordando lo que dije, qué bruta fui, qué bruta soy...

Recuerdo más cosas, más veneno, tomándome la justicia por mi mano, queriendo ejercer no sé qué extraña salvación, condenando por si no quedaban claras las cosas, quién era el culpable –él, Mauro- y quién era la víctima –yo-.

No era el genio solo, que lo era también, era algo más serio. No fue solo el espectáculo público que di, que es lo de menos. Fue algo más grave, la terrible falta de amor y todo el dolor, el orgullo herido, el amor propio, en fin, mucho que me quedaba todavía muy dentro, abierto, sin cerrar...”

Lloro al recordar, me hace daño el daño que hice a conciencia.

La chica ha tomado notas muy cortas en este momento, como si lo esencial ya estuviera dicho y no hiciera falta escribir mucho.

“Veo que vamos avanzando. Nos queda poco, solo hablar de Mauro ya de una vez por todas”.

CAPÍTULO 12

Mauro al principio y al final

(4 de enero de 2013)

Son las doce del mediodía. Oigo en algún lugar sonar las campanas. Curioso, la chica se levanta y se inclina. Me recuerda algo y no sé qué. Ya lo hizo también cuando le hablé de mis hijos. Se inclinó de repente ante mí, como si hiciera una reverencia mientras yo hablaba. Fue algo extraño.

En fin, sigamos. Mauro. Mauro al principio.

“¿Tú has estado enamorada alguna vez, de verdad, de un hombre, hasta las huesos?”

Es una pregunta estúpida que le hago. ¿Cómo una mujer a su edad no ha podido enamorarse ya varias veces, o al menos una? Pero me da curiosidad, o es una intuición que empiezo a tener sobre todo esto... Esta chica, ¿con quién andará?

“Estamos hablando de ti, no de mí. Pero no, no me he enamorado jamás. Lo mío es otra forma de amar, y ahora mismo es igual. Háblame de Mauro, nos queda poco tiempo...”

Dios mío, esta mujer es más rara de lo que yo pensaba. O quizá es de las modernas, no sé. Hoy hay de todo, mujeres duras, durísimas... Primero lo de los hijos, ahora esto... ¿Será lesbiana quizá? No sé, puede ser. Pero no me atrevo a preguntar eso de la “orientación sexual” que se dice hoy. Me parece que sobra, que no es el caso...

Y además no quiero pensar en ella. Es en Mauro en quien necesito pensar. Quiero hablar de él, lo necesito.

“Nos conocimos en el primer año de facultad. Y yo, la verdad, es que me encantó desde el principio.

Era tan listo, tan divertido, tan... Era todo tan “tan” en él... inexplicable siquiera. No podía poner ni los adjetivos en él, era tal cúmulo de cualidades que no tenían ni nombre tras ese *tan* genérico.

El primer día que salimos juntos, solos los dos, sin nadie más, reconozco que me hubiera ido a la cama con él en directo y ya. Me gustaba todo en él, cómo era, cómo hablaba, cómo pensaba, los chistes que hacía, los que no hacía...”

Esta chica seguro que no entiende nada de lo que le estoy diciendo. Hoy la

gente es distinta. Las mujeres lo son. Tengo que aclararle algo, por si caso no me entiende.

“Mira, es que antes muchas chicas no éramos cómo sois ahora, ¿sabes? No sé, a mediados de los años 70 algunas mujeres teníamos algo dentro, quizás también lo había fuera de nosotras, no puedo bien calibrar qué, que te decía “quieta, parada, espera un poco más, solo espera un poco más”...

Bueno, a lo que íbamos, es igual. Que me enamoré. Empezamos a salir juntos, nos empezamos a conocer de verdad. Y Mauro pasó del ser tan al muy, de ser lo más, inexplicable en todas sus virtudes, a ser simplemente muy, pero ya no ese *tan*...

Pero no pasaba nada. Mauro era muy, seguía siendo muy... muchas cosas, adjetivos concretos... muchos, pero ya eran adjetivos específicos...”

Me quedo en silencio un rato. La chica toma notas sin parar.

Dios mío, siento mucha compasión por ella. Me da una pena enorme pensar que nunca se ha enamorado, que nunca ha querido a alguien, nunca. ¿Cómo puede ser eso? ¡Qué soledad más grande y tan de verdad debe de ser! Esa sí que debe de ser soledad, la del que nunca ha querido...

Pero quiero seguir con Mauro, debo contar...

“En fin, creo que empecé a querer a Mauro entonces, cuando me casé con él pensando precisamente ya que no era *tan*, sino que era solo muy... muchas cosas que las podía explicar, poner nombre. También que podía llegar a ser muy idiota alguna vez, la verdad. Tenía pruebas de ello. Ciega de amor no me casé, lo hice enamorada y queriéndole mucho. Aunque luego le quise todavía más y sin comparación... “.

Ya no puedo ni hablar.

Me gusta pensar en todo lo que creo que le he querido, aunque también a veces me planteo si le quise de verdad.... sólo su bien. No es siempre fácil, no lo es...

Testigos, testigos... Me viene a la cabeza la película de Shall we dance, Susan Sarandon explicándole al detective *por qué* se casa la gente. Buscamos un testigo al amar, alguien que nos dirá que somos y estamos, a quien se lo decimos también, no es sólo pasión ni necesidad, ni otras muchas cosas que hay también, todo está siempre mezclado, no somos ángeles, no...

“Continua, Nuria, no te pares”, me dice ella de repente y es que me he quedado en silencio pensando un momento.

“Un marido es un testigo también, un amor lo es. Mauro fue eso. Me dijo que yo estaba, que existía, de una manera especial, de un modo que ninguna

otra persona te lo puede decir, sólo un hombre, un marido, te lo dice así. Era como si me dijera yo estoy aquí para dar fe de que tú eres y estás, Nuria. Y yo se lo dije a él todos los días también, se lo repetía hasta la saciedad.

Pero quizá luego me olvidé de decírselo, o de hacerlo de una manera que él lo entendiera: eres, existes, yo lo sé, y eres para mí, pero eres también para los demás, en ti mismo también, tú. “Eres, estás, eres, estás, eres, estás” es la eterna cantinela matrimonial. Y, por supuesto, todo lo demás: sexo que no era sólo sexo, o que sí, o luego sexo de verdad, por eso era todo y más; ternura, que no era sólo ternura; amistad, de un modo distinto a cualquier otra amistad.

Yo sabía lo que pensaba a veces él y otras ni idea, estaba perdida. Hablábamos o no hablábamos nada, para bien y para mal, nunca lo sabes. Y Pablo, Santiago y Juan como testigos también y siempre de lo que nos habíamos querido, de lo que nos queríamos.”

La chica sigue tomando notas. Me vuelvo a quedar en silencio. Lo necesito para pensar, para decir lo que Mauro ha sido en mi vida, lo que es aún. Lo que será siempre para mí, siempre Mauro, al principio y al final.

“A veces quería que sólo me tocara, otras no, sólo que me escuchara y ya, otras mejor un silencio, y yo con él igual, creía ver o llegaba entender al final lo que necesitaba, bastante más fácil él que yo, la verdad.

Fueron muchos “ven y quíereme y ya está”, mal como tú lo haces, mal como lo hago yo. Creía conocerle, saber por dónde podía ir, dónde estaba. Luego en alguna ocasión ni me importaba, es verdad. Yo en lo mío, o en los niños, más que nada, en muchas cosas además.

Te lías, te lía la vida también, lo que te cae. Luego otra vez en lo de él, en lo de los dos, en nosotros, otra vez tú y yo, yo y tú y nada ni nadie más, al menos un tiempo, unas horas. Temporadas buenas, malas, medianas, meses, días, años quizá. Al final y casi siempre pensé que podía estar haciendo algo por su felicidad, pero que no todo era tema mío, que él no ponía de su parte. O quizá fuera al revés... Ni sé ya”.

Otra pausa más larga, mucho más. Me duele pensar y recordar.

“Realmente no sé qué pasó, dónde ni cómo empezó ese que él ya no me quisiera, o que me empezara a querer menos. Quizá fui también yo. Es difícil valorar, ¿sabes? ¿Es amor la costumbre?, ¿lo es la necesidad o la rutina? Todo es amor y puede no serlo. Y sólo sé que no sé ya nada.

Es posible que sin darme cuenta no fuera Mauro quien me empezara a querer menos, que fuera yo quien comenzó a no querer o a no quererle como él quería, como necesitaba, como lo pedía... O como ni lo pedía ya. No sé, todo

pudo pasar... ”.

Nuevo silencio antes de poder hablar.

“A veces puede suceder algo más allá que un hombre se vaya con una mucho más joven que tú, y, por cierto, parecida a ti hasta físicamente, algo más que la crisis de los 40, un capricho temporal o constante... O puede ser que vaya todo junto, o que se añada a otra cosa que ya existía o se fraguaba lentamente y en silencio desde hacía tiempo... Pero como yo, la parte abandonada, lo sentí y lo vi, tras veintitantos años de vida en común, tres hijos, momentos maravillosos y otros muy duros, y esa especie de niebla final que yo no juzgaba cerrada, sino una niebla normal, fue como una traición inmerecida, una cuchillada, un “ahora te dejo que no me sirves ya”.

Fue un desgarró dentro, un vacío helador, un tsunami que arrasó con todo, conmigo para empezar. Él se fue y me dejó, no sólo desnuda sin él, sino con una tristeza mortal y profunda, pensando qué hice mal, en qué me equivoqué... O por el contrario, intentando buscar siempre en él al culpable, al traidor... Va por rachas...

A veces, con mucho tiempo de por medio, al final, de verdad que lo que me gustaría que quedase de Mauro y por él es sólo el amor que le tuve algún día, el que él tuvo por mí también, como un milagro. Una *bendición* es siempre el amor... Eso es lo que quisiera guardar de él y que él recordara de mí...”.

Creo que ya no puedo decir más, que lo he dicho todo, que me he vaciado ante esta desconocida que tan bien parece conocerme ya.

La chica dice “Hemos terminado, creo que ya tenemos todo lo que necesitamos”.

Yo tengo mucho sueño, o es posible que sea al revés, que esté despertándome ya.

CAPÍTULO 13

Víspera de Reyes

(5 de enero de 2013)

Oigo ruido a mi alrededor. Tengo una extraña sensibilidad de oír sin oír casi.

Es como si me hubiera pasado un camión por encima que me ha dejado fuera de combate, sin sentir, pero con recuerdo de los sentidos y del dolor, mucho dolor.

Intento abrir los ojos y vuelvo a cerrarlos. Estoy agotada, no puedo mantenerlos abiertos, no... Ahora creo recordar, tras ese primer vistazo rápido a mi alrededor...

Esto debe de ser el hospital... Ya está, eso era, me han operado... y por eso estoy aquí, en el hospital.

Quiero ver, pero sigo sin poder. Qué mal me encuentro, qué mal... Qué sueño más extraño he tenido durante la operación... Se mezcló la Nochebuena de hace un año, cuando me puse hecha una furia, qué horror, con otras cosas inexplicables de las que trato de acordarme...

¿Cómo era?... No sé si todavía es verdad... No, no, era un sueño... ¿lo era?

Yo quería matar a alguien, asesinar. Estaba entusiasmada con ello, qué espanto, furiosa no sé con quién... Y luego, al final, ni siquiera maté a nadie, o sí... ¿maté a alguien? Ay, Dios... a ver si he hecho una barbaridad... ¿qué he hecho...?

... Una tal Marian creo que se llamaba... Al final sólo era una, sólo una víctima, me acuerdo, sólo una después de todo mi entusiasmo por dedicarme matar...

Y era alguien que no existe en la realidad o yo no la conozco, o no sé... Ya ni sé si hubo esa víctima o no, y a quién o a qué demonios era a quien tenía tanta tirria... y no podía aguantar... y quería matar, quería matarla, acabar con ella...

Pero no, qué alivio. Sé que no he matado a nadie al final, ni me he muerto yo... Aquí estoy... Dios mío, todo parece haber salido bien, estoy aquí todavía, gracias, Dios, gracias. Tengo ganas de llorar de alegría, también porque me encuentro muy mal, y el miedo no se me ha quitado del cuerpo, sigo con él...

Abro los ojos ya, puedo abrirlos y mantenerlos abiertos... aunque me

cuesta... Tenía tanto miedo a la operación, lo tengo ahora, Dios mío, pero cómo estoy... ¿qué narices me han hecho? Parezco una momia, estoy hecha un cristo... Intento moverme algo, pero el dolor me clava y los músculos no me siguen, estoy como si me hubieran pegado, fatal, pero quiero moverme... ver a alguien...

“Tranquila Nuria, no intentes hablar, tranquila, todo ha salido bien, tranquila...” Es la enfermera que me me mira con cariño, que intenta calmarme. Dios mío, en qué buenas manos he estado y estoy, qué tonta soy... ahora toda cables y tubitos, conectada a no sé qué, a varias cosas, no quiero ni ver cómo estoy, pero ella me mira con afecto a esta especie de Frankenstein que debo parecer. Cambia algo, un suero que cuelga, o una medicina en un aparato en lo alto, no sé, comprueba algo...

Ahora empiezo a recuperar como un dolor viejo en el pecho, abierto de par en par y luego cerrado. A la vez me siento como borracha, me encuentro fatal, no sé si será la anestesia, ¿será esto normal?...

“Venga, Nuria, tranquila, que todo va... que todo ha ido bien...”

Un año más que he tenido de vida, gracias a Dios. Al final ha sido otro año tras el horroroso diagnóstico de diciembre de 2011. Pero me han tenido que operar en plenas Navidades del 2012.

Qué suerte de año pasado, qué bendición de 2012 pese a todo. En primer lugar, mis amigas, que tanto me han ayudado a afrontar mi miedo desde que se lo conté en febrero a todas, que me apoyaron para seguir con mi vida, en la logística complicada de una enfermedad como la mía y en lo emocional, tan importante siempre.

Mis hijos también han estado ahí, al pie del cañón, como han podido los pobres. Hasta Mauro, que al final Gina volvió con él este año, menos mal... No está bien Mauro solo, mejor siempre acompañado. Los hombres siempre lo están, aguantan mal solos, no como las mujeres, que estamos más hechas a la soledad. Bueno, yo al menos estoy ya muy hecha a la soledad, esa es la verdad. Ya me he acostumbrado a la soledad.

Qué curioso la chica esa que tomaba notas en el sueño. Me acuerdo con claridad. Era una presencia constante. Escribía todo aquello que le quería contar, como abogado o así, ¿notario?, ¿escritora?...

Dios mío, ¿por qué escribía tanto esa mujer...? Y el vaso en el aire, cuando bebía, curioso, se parece al suero que me cuelga del aparato ese... ¿Y la pluma y el cuaderno? Una pluma larga y un cuaderno usado, forrado de tela escocesa, pequeño, infantil...

Y el olor, es como si todavía la oliera cerca, ¿a qué olía esa mujer? Era muy peculiar, delicado, pero presente, fresco, como de alguien de mi infancia ¿mi tía, mi abuela? , era un perfume tan familiar...

Ay, no, que lo sigo oliendo otra vez y ahora mucho más... ¡Ya está! ¡es la colonia de Nenuco o Denenes! Ya caigo, una de esas colonias que te ponen de pequeña... Era eso, ese olor... ¿me habrán puesto colonia mientras me operaban? No creo...pero la chica del sueño olía a Nenuco u otra similar, la colonia de los bebés... qué gracia, sigo oliéndolo.

Y luego sensaciones ya oscurecidas, mucha velocidad en un coche Jaguar, a mí, que me da espanto ir a más de 120, y un osito de Tous, como el que llevo yo que me miraba... ¿Por qué esos ojos mirándome por dentro, unos ojos que sólo yo veía, que sólo yo notaba?... ¿Qué significará? ...

Me regaló el osito mi hijo Santiago, que es un poco pijo, y no me lo voy a quitar, aunque no me guste nada. Un regalo es siempre un regalo, siempre lo es, así que llevo el osito que me espanta...

Había oscuridad, tranquilidad también, paz. No he tenido miedo mientras soñaba... ni tampoco en esa especie de impase en el que estuve, como en tierra de nadie... creo recordar...

Pero ahora sí que tengo miedo, como antes de la operación, un miedo cervical que sigue ahí. Sé que he debido de pasar por algo importante, recuerdo todo con cierta agitación, otras con calma. No sé, quizá me digan ahora qué pasó...

“Mamá...”

Ahí está mi hijo Pablo, le han debido de dejar entrar... Menos mal, qué gusto ver a alguien que conozco. Nos miramos, nada más.... Solo hace falta eso para entendernos. Por si acaso le pedí que me ayudase a dejarlo todo listo antes de la operación. Todo, por si acaso, se lo dije así...

“Lo ves, tonta, como todo ha salido bien. Te queremos mucho...” Me da un beso, hace como si me abrazara, porque no se me puede abrazar ahora.

Le hago una seña con los ojos, él lo entiende, me conoce tan bien...

“Es víspera de Reyes...” Me dice. Ve que me quedo pensando y se apresura a contestar. “Nada, no hagas cuentas, que ha sido un poco más largo todo, pero tranquila, que salió bien, que estás bien... Bicho malo nunca muere, debe de ser eso...” Sonríe como si tal cosa el hijo de su madre que soy yo. Compartimos los dos este humor negro.

Cómo les quiero a mis hijos, qué falta me hacen los tres, Pablo, Santiago, Juan, ahora cada vez más. Con la edad soy yo la que les necesita, ellos ya

no...

Mi otro hijo Juan, el pequeño, tan preocupado siempre, me mandó una tarde de noviembre a Javier a mi casa, así, sin avisar. Un amigo suyo con el que, para empezar, me puse a discutir sobre la iglesia. Yo discutiendo siempre, ay Dios. Pero luego no, luego dio igual. Yo sólo quería estar en paz, sentir que si me iba no sería con ningún rencor, con nada importante por limpiar, todos los perdones que había que pedir y dar en su caso, todos los “lo siento” en su sitio, por si acaso, a todos, a quien fuera, los iba a pronunciar. Todos los “te quiero” también dichos. He dicho perdón y te quiero sin parar este año.

“Y ya de paso, y que estamos aquí... pues si te parece lo de los santos oleos, la extremaunción, que se decía antes...”. Me hizo gracia cómo me lo propuso Javier, como si tal cosa. Le contesté con una broma: “Yo a todo lo que sea belleza general, aceites esenciales y tal, voy a decirte que sí... “.

Así que con todo puesto me vine al hospital este mes de diciembre, tras un año, el 2012, que ha sido de aúpa, me encontraba fatal...

Al final del todo han tenido que operarme, no había otra posibilidad ya. Aunque se resistía el Doctor Rupilanchas, no acababa de verlo claro. Huy, que le veo ahí. Ay, Dios, mira que es guapo el condenado doctor y que de edad me viene hasta bien. Le miro, como siempre hago a los hombres, las manos, el dedo anular. No, sigue sin anillo, qué bien, aunque cualquiera sabe hoy... Que estupidez, estoy o muy bien o muy mal... ¿cómo me da por pensar estas cosas ahora? Estoy de atar...

“Que sepas que tu interior es casi tan interesante como tu exterior...Te lo hemos dejado todo en su sitio, por si acaso...”

Mira, y encima gracioso, haciendo bromitas el doctor... De verdad, debo de estar estupendamente del corazón, casi noto un pellizquín dentro... Ay, a ver si me pongo peor ahora, que estoy recién operada. Rupilanchas se da un aire a Clint Eastwood y no hay derecho a que venga y me diga este tipo de cosas al despertar después de una operación que ha durado...

¿Pero cuánto ha durado esto...? No puedo ni pensar, pero sí que sé que debería estar prohibido por la Constitución este tipo de doctores que dicen estas cosas a una mujer cincuentona, divorciada y a la que él mismo ha abierto de parte a parte... Menuda carnicería lo de la cirugía al final... y luego van de artistas y son unos carniceros... En fin, no, agradezco mucho la carnicería... y encima me hace gracia él.

“Bueno, estás encarrilada ya, pero no te vamos a llevar a planta hasta mañana, vamos a esperar una noche más...” me dice. Y se va.

Vaya por Dios, no te vayas, que eres muy guapo... Pero no puedo ni hablar... Veo en un aparte a mi hijo Pablo y a él en la sala. Quiero dormirme otra vez, cierro los ojos... no puedo más... Estoy agotada, todo se mezcla.

...Víspera de Reyes ya, Dios mío, algo debió de complicarse, seguro... Recuerdo que no me operaron en enero, ahora en 2013, sino antes, a finales de diciembre, sino al inicio de las Navidades de 2012. Sé que esta Nochebuena no estuve en casa, pero no sé bien qué día entré en quirófano, no puedo recordar, ¿el 23 quizás? Algo ha tenido que pasar, ¿entraría en coma?, ¿me pondría peor después de la operación?, ¿se complicaría el post operatorio quizá...? Han pasado... ¿más de diez días, dos semanas?... No puedo ni calcular...

Sólo quiero agradecer.

Gracias por un año más, por esta operación que parece haber salido bien, por todo, por tantas cosas. Dios mío, gracias, muchas gracias. De verdad, tengo todo lo que podría desear...

Y hablando de deseos, de querer... la cabalgata de Reyes hoy...

Minita debe estar en ella con su padre y con Gina, muchos niños, algún nieto de alguna amiga mía, los vecinos del 8º y los del 3º de mi casa estarán... esos gemelos tan rubios, la niña adoptada del 4º.

Qué bonita la cabalgata en Madrid, qué espectacular es. Cómo me gusta esta noche tan especial, la mejor noche del año, qué nervios, qué emoción, qué ilusión la espera esa, a ver si vienen y te ponen los Reyes los regalos, a ver qué te ponen al final...

... Y la chica esa ¿quién era? ... ¿quién?, ¿quién?... Abro los ojos otra vez por el recuerdo insistente, el olor otra vez de Nenuco, ¿pero por qué me rocían otra vez o quién se pone esa colonia a chorros que no hago más que olerla? La noto cerca otra vez, me da paz, me estoy durmiendo...

Ha debido de pasar tiempo ya. No hay nadie por aquí, ni mi hijo, ni el doctor. Creo oír a unas enfermeras por allí trajinando, deben de ser ellas. Oigo también como un zureo de palomas también muy cerca. Debe de haber una ventana por aquí donde aniden y se acurruquen las pobres, con el frío que hace...

Ay, qué gracia, que la veo allá, a la chica, tras los cristales, al fondo, es ella, la que tomaba notas, es ella, la chica esa o lo que fuera, es verdad... Tiene pelo de chica, ¿o no?, pero es como si no fuera una mujer, ... no tiene ya pinta ni de hombre ni de mujer... No, no es una mujer... no lo es. No es una mujer, tampoco un hombre... Entonces ¿qué es? ¿un ángel quizá? Los ángeles

no tienen sexo, mira, eso que ganan al final, menos problemas...

Tengo sueño, mucho sueño, quiero dormir otra vez, me pesa todo muchísimo... me duele todo. Estoy agotada, solo quiero descansar.

Noche de Reyes, a dormir y a esperar, como las niñas buenas.

Eso es lo que yo quisiera ser: una niña buena que ha escrito la carta y solo espera confiada en que los Reyes vendrán al final y me traerán lo que les pedí. Siempre escribí mi carta con tanta ilusión...

CAPÍTULO 14

Mañana de Reyes. La Nancy y la muñeca esquiadora

(6 de enero de 2013)

“La Nancy, la Nancy, la Nancy...”

Me acabo de despertar hoy como aquella mañana de Reyes, nerviosa e ilusionada.

“La Nancy, la Nancy, la Nancy...”, esa muñeca vestida de niña de colegio, de chica sofisticada o de enfermera, da igual. Es el regalo que he pedido en la carta a Sus Majestades. Todas mis amigas la tienen ya o están en vías de tenerla. Yo la quiero también. Me da igual de qué vaya disfrazada, siempre que sea una Nancy de las de verdad.

Veo mi ropa preparada en una silla: la faldita escocesa, el jersey fresa con la cenefa a juego, y los zapatitos merceditas ingleses color granate. Pero yo ahora no me voy a vestir. Me quedo con mi pijama de conejitos rosas, bajo la litera como puedo, llego mal al suelo que piso descalza, está frío, tiemblo al pisar. No tengo ni tiempo para ponerme las zapatillas. Oigo a mis hermanos que ya están aporreando la puerta del dormitorio de mis padres. “¡Que ya han venido los Reyes, que ya han venido, venga, levantaos, pesados!”

Hasta que mis padres no se levantan, hasta que no les sacamos de la cama, no podemos pasar al cuarto de estar donde nos han dejado los regalos los Reyes Magos. No son más de las 7 de la mañana, pero nos abren por fin su puerta con los ojos hinchados de sueño. Nosotros ni lo sentimos, estamos demasiado emocionados. Y eso que hemos pasado la noche en un duermevela creyendo oír ruidos extraños, intuyendo sombras que se deslizan, entre el miedo y la ilusión. Si ves a los Reyes Magos no te traen nada, así que cierras los ojos bien fuerte por si acaso, te haces siempre la dormida.

Mi madre lleva su bata azul sobre el camisón, mi padre el pijama de rayas. Arrastran los pies delante de nosotros y, muertos de risa y agotados a la vez, nos acompañan al cuarto de estar. Mi padre hace la broma de rigor. El muy guasón abre la puerta solo un poquito y la vuelve a cerrar muy rápido diciendo “Huy, está saliendo un camello, no podemos entrar... *todavía*”. Nos ponemos a cien, le gritamos que a otro perro con ese hueso y nos abalanzamos sobre las puertas correderas. Hay luz al otro lado, se la dejan siempre encendida los

Reyes Magos. Es la señal de que se puede pasar ya, allá vamos.

Bajo el árbol de Navidad están puestos los paquetes. Miramos mis dos hermanos y yo rápidamente a la chimenea, pero ni nos detenemos. Luego lo haremos para comprobar que se bebieron la leche los camellos, que el coñac para Melchor desapareció y que quizá hay un pelo de la barba de alguien, un hilo de un manto o un adorno de una capa, algo que se desprendió de la comitiva real que esa noche llegó a nuestra casa. Los Reyes siempre dejan un rastro de magia, de realidad.

Voy corriendo al árbol. “*La Nancy, la Nancy, la Nancy...*” No puedo más, casi me hago pis de la ansiedad. Se me ha olvidado ir al cuarto de baño al levantarme. Abro el paquete más grande que tengo, con decisión rompo el papel y...

La Nancy no está.

No está.

No está la Nancy.

Hay una muñeca parecida a ella en esa caja. Pero *no* es la Nancy sino otra, distinta, diferente.

Es otra muñeca, esquiadora además. Vestida con jersey nórdico, un aire al que llevo yo cuando subimos a Navacerrada, pantalones negros, esquís chiquititos, y con gafitas.

Mona, sí, pero *no* es la Nancy. No lo es.

Me quedo muy quieta. No sé bien qué hacer ni qué pensar. Bueno, sí: me empieza a subir por la garganta un nudo que conozco bien. Los ojos me comienzan a picar.

Miro a mis hermanos. A ellos sí parece que los Reyes les trajeron lo que pidieron: el Exin Castillos, el juego de vaqueros de Comansi, la espada de romano, un balón.

¿Qué ha pasado? ¿Qué ha podido pasar? ¿Por qué a mí? Escribí mi carta y lo puse bien clarito: “una Nancy, por favor”. Además he sido buena. Sé que lo he sido, como lo saben mamá y papá. Soy una niña buena, o, al menos, lo intento siempre con todas mis fuerzas. Hasta rezo por ser mejor.

Mi madre me mira. Sabe lo que está ocurriendo y lo que está a punto de pasar. Entonces se acerca, me acaricia y, con calma, me habla. “Nurieta, hija, los Reyes saben siempre más. Y sus Majestades habrán pensado, por lo que sea, que lo tuyo es una muñeca esquiadora, que es casi igual... pero

diferente”.

Escucho a mi madre y la creo, aún teniendo todavía ganas de llorar, pero ya menos. Se me van pasando como por encanto. Y es que estoy tan contagiada por el ambiente de alegría y regalos de la mañana, tan ilusionada por la vida en general, que se me va rápido eso de romper a llorar porque no me hayan traído los Reyes *justo* lo que yo había pedido, sino algo ligeramente distinto a lo que pedí, a lo de las demás.

Por otro lado mis hermanos están armando la de san quintín con el balón, pelotazo va y viene en medio del cuarto de estar. Hay que esquivar la pelota, no puedo ni pensar salvo en lo brutos que son y el ruido que hacen. Mucho mejor ser chica, dónde va a parar, mil veces mejor ser niña.

Bueno, sí. Es verdad. Yo quería una Nancy, es cierto. Me encanta la Nancy. Todas las niñas que conozco la tienen. Y yo la quiero además. Es tan bonita, tan preciosa, me gustaría tanto, pero...

Miro a la muñeca esquiadora un ratito. Primero de reojo. Luego a la cara ya. Acabo por cogerla en mis brazos. Tiene su gracia al final, con esa pinta de atrevida, de valiente, de ir surcando las pistas, zas, zas, zas... Y, sobre todo, no tengo tiempo de pensar mucho más: son sólo dos días antes de volver al colegio, sólo dos. Así que tengo que ponerme ya a jugar, aprovechar lo que queda de vacaciones, siempre cortas, y hala, con la muñeca esquiadora o con lo que haya, es igual.

Además hay otros regalos que me quedan por abrir. Tengo tres paquetes más. En uno hay dos libros, uno de mayores, con dibujos antiguos, como los de casa de mi abuela, “La isla del Tesoro” de Stevenson, seguro que me va a gustar. El otro es de niñas, de “Torres de Malory”, el que me faltaba de la colección.

Y en el segundo hay una sorpresa fenomenal, algo que parece un cuaderno un poco extraño. Tiene un cierre y un candadito dorado, las páginas color crema, forrado de tela escocesa roja y verde y con unas letras doradas que pone en la portada “Mi diario”. ¡Con lo que me gusta a mí escribir! Me paso la vida inventándome historias que todavía escribo con faltas y que luego cuento a los demás.

Por último, en el más pequeño de todos los paquetes, hay un juego de pulseras de cristales de colores que me pongo inmediatamente. Me voy al espejo a mirarme cómo me quedan. Parezco mamá, estoy guapa.

Con todo esto no contaba yo para nada... ¡Y me gusta tanto lo que me han traído sin pedirlo siquiera! ¡Qué listos los Reyes Magos, que traen esos

regalos que ni se le ocurren a una y que luego me gustan a rabiar!

En menos de media hora, no más, entre mi padre y mis hermanos, mientras mi madre prepara el chocolate en la cocina, hemos montado la sierra de Guadarrama en el cuarto de estar. Cuando nos vea mi madre nos va a matar, todas las camas de la casa deshechas porque necesitábamos las mantas para hacer los picos de Navacerrada desde donde mi muñeca esquiadora se va a lanzar.

¡Atención, atención, que voy! Y ahí va la muñeca esquiadora, zas, zas, zas. Baja una loma, luego otra sin parar. Se cae, se levanta y vuelta a empezar. Llega al castillo de Exín en un valle, porque en medio de las montañas hay un enorme castillo medieval donde ella repone fuerzas. Juega después bajo la mesa del comedor con los vaqueros de Comansi donde ella es la chica de salón.

Lo he visto en las películas: las mujeres en el Oeste son o maestras o chicas de salón. Y a la muñeca le parece mucho más divertido ser chica de salón, vestida de rojo y cantando, una vida más atractiva que la de la maestra, dónde va a parar. Y además se puede ser una muñeca esquiadora y chica de salón, mitad y mitad.

Abro los ojos finalmente en esta mañana de 6 de enero de 2013.

Ahí está la chica, el ángel, a quien ya reconozco plenamente como tal. Ha tomado notas todo el tiempo, la pobre o el pobre, escuchándome, una paciencia ha tenido realmente angelical. Un ángel ha sido quien me ha acompañado estos días al lado de mi cama, en la operación, en ese lugar donde estuve más allá del hospital, entre la vida y la muerte. Era un ángel quien escribía sin parar. Y en este momento vuelve a estar junto a mí y de pie, solo mirándome, sin anotar nada. Es un ángel muy normal, tanto, que ni me di cuenta de que lo era. Ahora todo encaja. Ya está. Ya sé qué pasa y qué va a pasar.

Pero lo más importante es que en este momento tengo muchas ganas de moverme, de levantarme para ir a ver qué me han puesto hoy los Reyes Magos esta mañana de 6 de Enero de 2013, a mis cincuenta y algo años, como si fuera pequeña otra vez. Me encuentro con muchísimas fuerzas. No me duele nada y me siento fenomenal. Y quiero abrir los regalos ya.

“Estás lista, ¿no?” me pregunta el ángel.

“Creo que sí, que lo estoy...¿verdad?” le digo.

Salto de la cama, los pies de nuevo no me llegan al suelo. Veo un cuerpo de mujer adulta con vendas y tubos, cosido de parte a parte, que queda ahí. Me da reparo y pena dejar a esa mujer que soy yo. Más bien que era, ya no. Porque ahora vuelvo a ser sólo una niña dispuesta a atravesar el camino que comencé hace unas semanas.

Todo estaba allí: la montaña cada vez más grande como la Maliciosa, fría y cálida a la vez, la oscuridad del momento, y el cuerpo, mi cuerpo, como un formidable Jaguar, él y yo, a punto de despegar, sin tocar el suelo, en una comunión total justo antes de ese salto final. Lo sentí así tras todos los disgustos que mi enfermedad me ha dado, el deterioro físico de este año y de los anteriores, las arrugas, las canas, los kilos de más, la vejez que me llegaba, la decadencia, el dolor, el cansancio y tantos “no puedo más”.

Yo soy un Jaguar, no solo el espíritu infantil y descalzo que se acaba de bajar de la cama, ni tampoco ese cuerpo machacado, agotado de la mujer enferma que dejó atrás. Y como tal, todo potencia, precisión y velocidad, se unirá a mí, seré yo. Pero ahora, como he vuelto a ser pequeña, debería sentir mucho miedo en este momento, de niña nunca pude soportar la oscuridad. Así que el ángel que lo sabe marcha delante de mí y me toma de su mano. Y yo no la voy a soltar como hacía con la de mi madre en el Corte Inglés, en el metro y en la plaza mayor de Madrid.

Antes de irnos le tiro un momento hacia atrás, se me olvida algo. Es la muñeca esquiadora arrebujaada en mi cama del hospital. No la voy a dejar ahí tan sola, me la llevo. En una silla ha quedado también el cuaderno donde el ángel no paraba de escribir, mi diario, el de las Navidades aquellas, con las esquinas rotas, el candado que mi hermano mayor hizo saltar para saber lo que escribía y reírse de mí, el cierre del clic que todavía suena y mis faltas de niña pequeña y mayor, historias reales e inventadas, páginas enteras que escribí o viví, es igual. Está ya acabado, el ángel se hizo cargo de la parte final, cuando yo no podía hacerlo.

“Venga, que es el día de Reyes y nos esperan, Nuria, Nurieta, vamos, mi niña, vámonos”.

Mientras me abre el camino, se vuelve atrás, casi él tan transparente como yo, y me dice “Y por cierto, que sepas que lo de la pluma del pájaro enorme con la que me viste escribir es una concesión al imaginario angelical popular, un tópico, una pésima licencia de aprendiz de escritora y, lo peor, una

cursilería imperdonable...”.

Me río. Tiene razón.

Suena el móvil de Pablo Gallego Estilles a las 7.00 de la mañana del 6 de enero de 2013. Lo coge y escucha al otro lado algo que le hace llorar y abrazar a su novia.

En ese mismo momento muchos niños abren sus regalos con ilusión. Los Reyes Magos han llegado. Ha valido la pena pedir y esperar.

Lento fundido en negro, estrecha oscuridad y fogonazo de luz.

Sopla una suave brisa. Hay alegría y paz.